

CAPÍTULO 1

Resulta extraño cómo los pequeños detalles se pueden ir sumando entre sí para dar un giro drástico a un día cualquiera, con independencia de nuestros planes o pensamientos. Como ruedas dentadas moviéndose las unas a las otras, siguen la cadencia de nuestras propias elecciones y nos van manejando a su antojo.

Para mí, aquel día ha acabado por marcar un punto de inflexión en mi realidad y sigue siendo, aún ahora, el más inusual y profundo cambio, mitad casual, mitad azaroso, que me ha tocado en suerte vivir.

Era martes. Como todos los días, un repentino parpadeo azul eléctrico bañó la habitación, acompañado por la melódica voz de *Joan Osborne*, que comenzó a desgranar entre quejidos las primeras letras de *One for Us* en la irreal atmósfera del sueño.

El dulce silencio de la madrugada de aquel martes cualquiera, quedaba así relegado a simple recuerdo, entre fantástico y grotesco, con la voz de la única mujer que me había susurrado tan íntimamente desde hacía ya demasiado tiempo.

Me quedé tumbado, la vista clavada en las manchas de humedad que moteaban el techo de escayola, deleitándome durante unos minutos en esa suerte de ensoñación musical, saboreando al mismo tiempo el ritmo artificial del radio-despertador digital y la pastosidad de mi cerebro en reinicio. De un tiempo a aquella parte, la obligación de enfrentarme con la realidad me causaba verdadero temor, y en más de una ocasión tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no abandonarlo todo a través de la ventana de aquel céntrico cuarto piso.

Bien pensado, habría sido irónico sacudir las adormiladas conciencias de los ciudadanos con mi cuerpo destrozado en el asfalto.

Pulsé con furia el botón de apagado y traté de reinstaurar en aquella tenue claridad del invierno grisáceo el pulcro silencio que la música me había arrebatado. Fue imposible.

Era el comienzo de un nuevo día. Otra mañana larga y anodina de finales de Enero, tan fría y gris como las paredes de la habitación que ya empezaban a recuperar su densidad más allá de la nebulosa de una inquieta noche de duerme-vela. Una estrecha y deprimente cárcel de soledad suspendida sobre un mundo en constante ajetreo.

No sin esfuerzo logré zafarme de los últimos coletazos de la pereza que aún trataba de mantenerme anclado al falso calor de mi cama vacía, y venciendo la tentación de dar la espalda al mundo y dejarme ahogar por la comodidad de la

cobardía, cogí con mano temblorosa las gruesas gafas y pulsé a desgana el interruptor del flexo.

El potente amanecer amarillento de la bombilla de sesenta vatios se adueñó al instante de la habitación y me obligó a parpadear con fuerza para acostumbrarme a su violencia. Cogí con brusquedad el bote de *Buperorfina* que siempre procuraba tener a mano como un náufrago su salvavidas en un bote que hace aguas y con dos pastillas en la mano, me dejé arrastrar hasta la cocina.

La casa estaba helada y la pequeña estufa eléctrica no daba abasto para templar los gélidos metros cuadrados entre los que deambulaba medio desnudo.

Me acompañaba, como cada mañana, el sabor agridulce de una pesadilla que venía repitiéndose cada noche, sin interrupción, desde hacía ya dos años. Un sueño en el que un aullido lejano me obligaba a incorporarme en la cama a tiempo de ver como una gran locomotora negra se aproximaba hacia mí (Una especie de mensaje de mi subconsciente que nunca me siento con demasiadas fuerzas para tratar de descifrar). Cuando la máquina me alcanzaba, me despertaba sobresaltado y empapado en sudor, y la única fórmula válida para calmar mis nervios y volver a dormirme, había resultado ser una mezcla de antidepresivos, tabaco y ron. Después de realizado el ritual, me serenaba lo suficiente como para recuperar el sueño, pero nunca había sido capaz, hasta aquella mañana, de hacer desaparecer la certeza de que en aquella pesadilla, por más que fuera el tiempo del que dispusiera para huir, no deseaba hacerlo. Y digo que hasta aquella mañana, porque justamente ese extraño día el despertador parecía haberse anticipado y me desperté antes de tiempo, recién

aparecido el tren. No había tenido tiempo de saborear la conocida certeza de muerte y me sentía desconcertado. Un cambio brusco en mi invariable rutina que se me antojaba una suerte de presagio y que se abría ante mi despertar con una nueva perspectiva.

Ya en la cocina, llené la única taza limpia que pude rescatar del caos con el café que me había sobrado la víspera, aguado y frío, en el fondo de una vieja cafetera italiana. Encendí con avidez un pitillo y acodándome en el alféizar, tragué las dos pastillas antes de exhalar el humo en dirección a una ciudad fantasma en la que ya amarilleaban dispersos cuadrados de luz. Una ciudad acosada bajo una decena de tétricos brazos de grúa, pintando frente a mi ventana el sobrecogedor retrato de la cotidianidad.

<<Otra vez la luz apuñala el mágico velo de la noche>> Susurré para mí mismo levantando hacia la oscuridad mi taza, en un imaginario brindis con la nada *<<para dejar al descubierto toda la mierda que anoche barrimos bajo la alfombra>>*.

Aquella escena, la miraras por donde la miraras, resultaba de todo punto deprimente. En el edificio de enfrente (Otra de tantas colmenas humanas que parecen destinadas a replicarse a lo largo y ancho de todas las ciudades del mundo, condenando la vista a su feo pragmatismo) la oscuridad era una ininterrumpida mancha de humedad sin ninguna ventana abierta en mi dirección, como una trampa arquitectónica para aislarme todavía más del resto de mis congéneres. En aquel vacío, sin embargo, crecía una pequeña planta fuertemente agarrada al verdín de un pequeño alero, y era aquel insignificante punto de vida en el vacío, a cuyas variaciones había asistido cada día a lo

largo de los tres años que llevaba viviendo en esa ciudad impersonal y desconocida y a la que ya consideraba parte inherente de mi soledad, la que me pareció, aquella mañana, mucho más viva que yo.

– La soledad y el aburrimiento son malas compañeras para una mente evolucionada - Le dije, y juraría que me escuchó - obvias la suerte que tienes. La mañana había empezado mal, como si el precario equilibrio sobre el que me sostenía estuviese temblando peligrosamente. Amenazaba con caer sobre mis espaldas sin que yo pudiese hacer nada por evitarlo. Me sentía raro, con un estado de ánimo más deprimente que de ordinario. Esa sensación de “*nausea*” que tan bien había sabido plasmar *Jean-Paul Sartre*; esa náusea a la que tan acostumbrado estaba.

Suspiré resignado y arrojé lejos de mí la colilla, que describió un arco rojizo contra el incipiente amanecer y manteniendo el humo en los pulmones, entré de nuevo en la atmósfera cargada de mi piso. Decidí arriesgarme con un nuevo día. Quien sabe, quizá aquel nuevo estado anímico no fuese más que la introducción de un nuevo capítulo en mi diario. Al fin y al cabo era difícil que aquel sentimiento fuese a peor y no era descabellado pensar que quizá mejorase con las horas y que al menos, lo venidero, no fuera tan malo como el resto.

Ya bien despierto y sintiendo el químico bienestar de los antidepresivos, eché un rápido vistazo al reloj de la cocina. Aún me quedaba bastante tiempo hasta la hora de marchar, por lo que llené la cafetera y me metí con calma en la ducha. Resultaba misteriosamente agradable moverse sin el peso de la acostumbrada sensación de muerte.

Metí un viejo disco de *John Lennon* en el equipo de música y mientras me duchaba, sintiéndome cada vez de mejor humor, mi mente comenzó a divagar al ritmo de *Working class hero*.

Nunca había sido una persona exigente en lo que respecta al orden y mi piso no era más que un claro reflejo del caos que hasta aquel día había regido mi vida.

Acostumbrado como estaba a vivir solo y a no recibir visitas, mi habitación era una especie de cajón de sastre en el que montones de libros y revistas se disputaban el escaso espacio entre ceniceros llenos, latas vacías y ropa desperdigada.

El edificio está cerca del centro. Un cuarto piso no demasiado grande pero con mucho más espacio del que necesitaba y con un precio que superaba con creces lo humanamente razonable, rozando lo extremadamente abusivo. Con algo menos de sesenta metros cuadrados y más de un siglo de existencia, aquel piso exudaba por cada una de sus grietas el agrio tufillo de la falsa opulencia obrera de los años de la industrialización desenfrenada, con una decoración que no hacía sino ponerlo de manifiesto. Está repartido en tres espaciosas habitaciones de las que solamente utilizaba una, a la que se accedía directamente desde una cocina amueblada con caros muebles de nogal y envejecida por llamativos y anacrónicos azulejos floreados. Abierta y diáfana, la mitad de la estancia estaba destinada a sala de estar, con un incómodo sofá frente a un mueble librería combado bajo el peso de cientos de volúmenes encuadernados en rústica, intactos, probablemente adquiridos en su tiempo únicamente como decoración ególatra con vistas a impresionar a las visitas.

No tenía televisión y a parte de un cuadro que compré años atrás en una exposición independiente (Un óleo con un mar partido en dos a través del que se atisbaba una Venecia en llamas) y que me había llevado conmigo al mudarme, el equipo de música y mis CD's conformaban mis más preciadas posesiones.

Las otras dos habitaciones permanecían siempre cerradas en un vano esfuerzo por atenuar la aplastante magnitud de una casa vacía, restando metros cuadrados al eco solitario de mi voz.

<<Quizá con un poco de ambientador y una mano de pintura>> pensé<<pueda asignarle a este cuchitril el confuso título de hogar. Ya va siendo hora de hacer algo, sea lo que sea>>.

Salí de la ducha resuelto a poner algo de orden en mi vida, por poco que fuera, aunque ya lo pensaría más detenidamente a la vuelta del trabajo. Aún no era el momento.

Miré de nuevo el reloj de la cocina, saqué otro cigarrillo y salí hacia el trabajo. Debería haberme percatado de que marcaba la misma hora que antes de entrar en la ducha pero como las casualidades no se anuncian, supongo que tenía que suceder así.

Bajé los cuatro pisos en el ascensor, peinándome frente al espejo. Con el pelo oscuro y húmedo, las gruesas gafas de plástico sobre una nariz demasiado grande para mi cara pálida y delgada, moteada por una barba entrecana y el pitillo colgando en la comisura de los labios, representaba la viva imagen del fracaso. Incluso mi cuerpo desgarbado y enfundado en el sobretodo gris de cuello alto, ayudaba a acentuar la impresión de que estaba constantemente enfrentado a la fuerza desmesurada de la gravedad.

<<En fin. Debe ser verdad, ahora lo sé, eso de que vivir siempre deja secuelas>>

Y con mi reflejo en mente como un reproche, salí a la calle.

CAPÍTULO 2

La madrugada descubría su desnudez. La calle solitaria, abandonada y lóbrega. El vacío de aquella hora junto al silencio de su naturaleza, podía sentirse, amenazador, en cada uno de los poros de la piel.

Aquel silencio de claro-oscuros, roto a intervalos regulares por el chapoteo de las espesas gotas que una lluvia liviana pero persistente adhería a los tejados, me recibió con la solemnidad de un funeral de estado. El mundo parecía haberse callado para mí.

A aquella hora, las esquinas de la calle vacía apestaban a cerveza y orín. Haciendo un esfuerzo aún podía sentirse en el ambiente el invisible paréntesis que separa a los noctámbulos de los madrugadores. La escasa milésima de segundo en el que no somos capaces de discernir si volvemos o huimos. O mejor dicho, si huimos hacia la rutina o huimos de ella. Los desperdicios de una aburrida noche de lunes.

Los escasos transeúntes con los que me crucé aquella mañana se escabullían rápidamente entre las sombras, se dejaban devorar por ellas y después desaparecían en la más absoluta nada, escondiendo sus caras deformadas por el sueño y pensando, al igual que yo, que un ínfimo pellizco de oro jamás compensará tamaño esfuerzo.

Los adoquines mojados, negros como el basalto, replicaban con un eco impersonal cada uno de mis pasos, y mis pensamientos enloquecidos se alternaban confusamente con bostezos y toses.

Como en una reacción en cadena, las persianas de las casas y de los comercios parecían levantarse con estrépito a mi paso, cada cual con su bandera y su batalla; los coches comenzaban a sucederse con mayor intensidad y ya se podían escuchar los bocinazos de los más impacientes; los ruidosos reproches de los enfadados con el despertador que se dejaban llevar por la rabia para justificar su indefensión.

Yo caminaba con calma. El estado de tranquilidad, o al menos de aparente tranquilidad, que me habían regalado las pastillas, parecía ir a más.

Caminaba lentamente hacia la estación, a la caza del mismo tren de cercanías que cada día, a la misma hora, me arrastraba con su traqueteo hasta un barrio de la periferia en el que indefectiblemente tendría que malgastar mi tiempo en provecho de un sistema económico abusivo que probablemente, solo probablemente, no entendía la metafísica de mis pesadillas.

Con las manos en los bolsillos, tratando de evitar a toda costa que mis pensamientos se posaran con plomiza pesadez sobre las interminables horas de la jornada a la que aun debía enfrentarme, me esforzaba por mantener aquel inusitado estado de ánimo fijando mi atención en cuanto me rodeaba.

Silencioso observador de la vida que ya comenzaba a palpar a mi alrededor.

La fina llovizna que difuminaba el paisaje en un melancólico *sfumato* desdibujaba el contorno de los objetos mientras los bañaba con una especie de lámina de irrealidad, más armónica y romántica que la pura realidad. Los edificios empapados parecían engalanarse con un extraño aura de antigüedad y

los coches y semáforos que llenaban la calzada no parecían más que los picarescos y anacrónicos guiños que un pintor malhumorado hubiese puesto ahí, quizá en venganza por una hermosura tan pasajera, enfadado por la prueba palpable de que la belleza no es más que una efímera sugestión.

Procuraba mantenerme en el centro de la calle, la mejor perspectiva para absorber cada ínfimo detalle y hacerlo mío en un intento desesperado por apartar durante unos breves instantes el existencialismo agresivo en el que parecía hundirme cada día más. Sobre todo me molestaba darme cuenta de que al resto de los mortales, fijas su zombificadas miradas en el resplandor de sus teléfonos móviles, no pareciera importarles absolutamente nada.

Superado por el rumbo que estaban tomando mis ideas, me hice a un lado para resguardarme bajo una balconada y encender mi tercer pitillo del día.

<<*Un alto en el camino hacia el infierno*>> pensé mientras daba la primera calada <<*el avituallamiento de la muerte*>>.

Tan embebido estaba en mis reflexiones que no me percaté de que acababa de perder el tren hasta que el bocinazo de la máquina, a medio camino entre un pitido y un gemido metálico, me hizo girar de pronto la cabeza en dirección a la estación, que en la distancia era poco más que una lejana burbuja de luz. No me hizo falta más que un insignificante gesto, el de mirar mi reloj de pulsera, para caer en la cuenta de que el reloj de la cocina debía de haberse parado.

Suspiré. Ya empezaba a creer que el destino, barajando sus cartas en la oscuridad, había decidido que aquel día los planes debían variar.

Sea como fuere, el caso es que mi última reacción ante la inminente partida del tren, se limitó a aquel insignificante suspiro. Cada metro de vía que éste iba devorando metro a metro, suponía para mí la rotura de un eslabón más en

la cadena de rutinas que hasta el momento me había mantenido atado a la realidad. Quizá era una solución cobarde, pero pude sentir físicamente como se iban desvaneciendo los ahogos y desesperaciones que conformaban la cadencia de mis días.

Aquel día no fui a trabajar y ya no volvería a hacerlo, al menos en el mismo puesto.

.....

Hasta hacía prácticamente tres años, había vivido en el mismo pueblo en el que me crié. Un pequeño pueblo a poco más de dos horas en tren, más allá de los montes que se recortan sobre el fondo de la ciudad, y que había sido durante siglos una congregación de caseríos dedicados cada uno a su propia subsistencia. Una aldea bucólica que se mantuvo en la retaguardia de la evolución hasta que la modernización de los años cincuenta, la industria y las viviendas baratas, lo transformó en el dormitorio perfecto para los trabajadores de las fábricas que no podían permitirse el lujo de vivir en la ciudad. Hoy por hoy no es más que otro de tantos enjambres de edificios impersonales con inalcanzables sueños de gran urbe. En aquella seudo-ciudad con reminiscencias de aldea, había crecido y estudiado. En aquel lugar había amado por primera vez, había disfrutado de la amistad, de la compañía y también, en igual medida, había sentido el abandono y la futilidad de una existencia distribuida en etapas a cada cual más dolorosa. La última lección

que de allí me llevé fue la de lo barato que habría de vender mi vida el tiempo que ésta durase.

Aunque aplicado en los estudios, jamás había tratado de destacar en nada. Me esforzaba por no atraer la atención sobre mi persona más de lo estrictamente necesario. Ya desde bien pequeño asimilé el papel de actor de reparto que tan bien sabía interpretar.

Nunca entendí la abnegación por el trabajo bien hecho y tampoco sentía frustración alguna cuando algo no me salía como tenía previsto. Jamás entendí la costumbre de elevar un empleo a la categoría de santidad, el fútbol me resultaba de todo punto indiferente y los tejemanejes políticos y sociales no pasaban de ser meros titulares de prensa, sin mayor profundidad y peso que la de la tinta absorbida por el papel.

Así mismo, me sabía incapaz de asumir la existencia como algo prescrito, un simple caminar hacia adelante como un percherón con anteojos y la vista puesta en una vejez acomodada. Siempre sentí que tenía que haber algo más, aunque nunca supe definirlo.

El culmen de mi educación (La educación deficiente de un país deficiente) se presentó como la oportunidad de mudarme a una ciudad desconocida y comenzar a enfrentarme, sin protección, a todos los baches de la madurez. A decir de mi familia, el pueblo no ofrecía las posibilidades de crecimiento que abundaban en la ciudad, así que ellos mismos se pusieron en contacto con un viejo amigo que no había dudado en mover los hilos necesarios para acomodar “al muchacho” en un puesto con futuro. Supongo que se le olvidó precisar a que quería referirse con eso de “*con futuro*”.

El resto es bien sencillo y carente de emociones. Una ciudad nueva, un trabajo nuevo. La soledad en el primer piso de alquiler al que pude echar mano y la espera, la eterna espera de que las respuestas a la vida real, llegaran con el ineludible paso del tiempo. Algo similar a frotarse un crucifijo sobre una herida o a esperar la salvación gracias a una piadosa mano sobrenatural.

.....

Esa realidad había llegado y no era en absoluto tal y como me la había imaginado. Vino, es cierto, pero trajo consigo preguntas nuevas, apartando las antiguas sin dignarse a responderlas.

En aquel caos de asfalto y prisa, la metafísica, los anhelos y los deseos más elevados quedaban relegados a desahogos de tiempo libre, y las horas de ocupación no tardaron en tomar la delantera. Lo que hasta el momento había sido una carga necesaria, un medio para ganar dinero, se convirtió, ignoro cuándo ni cómo, en la verdad absoluta. El trabajo como meta.

El hecho de haber sido despedido (Certeza que no necesitaba confirmar teniendo en cuenta las amenazas que ya había recibido con anterioridad en lo que respecta a mis retrasos) me acababa de abrir una puerta que ya creía cerrada para siempre. Una puerta por la que acosaba la incertidumbre.

A decir verdad, solté un lastre importante. Llevaba demasiado tiempo siguiendo el curso sin cuestionarlo. Incluso el *attaché* de piel que se balanceaba en mi brazo, pesaba más a cada día que pasaba.

Estaba cansado de tratar a diario con personas enamoradas de sus carísimas posesiones, cansado de vender seguros de automóvil para coches de lujo, seguros de hogar para mansiones y seguros de vida para zombis. Aquella inmoralidad constante, superflua y deprimente, había ayudado a sacar lo peor de mí. Ya era suficiente. No tendría que volver a tratar con personas que temían más el derrumbe de sus convicciones por la pérdida de sus bienes materiales que el valor real de lo asegurado. No tendría que volver a prodigar un trato deferente y humillante aquellos a quienes despreciaba, a esos que no dudaban en adoptar una fachada de condescendencia paternal conmigo, probablemente para degradarme un peldaño por debajo de la categoría humana, para así evitar caer en la cuenta de que quizá su suerte no fuera eterna. Y una vez superada la jornada, regresar a casa en el interurbano arrastrando la sensación de haber estafado a la humanidad un día más. Una humanidad desnaturalizada y orgullosa de ello.

Saber que eso no se volvería a repetir despertaba en mi interior el hasta entonces desconocido sentimiento de libertad y mientras caminaba, comencé a reflexionar acerca del provecho y el crecimiento personal que había supuesto aquella etapa a la que estaba echando el cerrojo.

<<Las personas construyen ídolos>>pensaba, deambulando entre las sombras<<y cada día que pasa, esos ídolos son más superfluos, más estúpidos si cabe, y hemos llegado al punto en el que ya no hay mejor ideología que una abstracta admiración de la riqueza. Ídolos televisivos para niños zombis, deportistas y charlatanes sin más magia que el poder adquisitivo. La esencia del alma en oferta, la moral a precio de saldo, las eternas preguntas de la humanidad acalladas bajo el peso del triunfo social...>>.

Mi cabeza volaba sin reservas, sin detenerse siquiera a seguir un razonamiento en particular. La libertad recién recuperada me empujaba a poner en orden las ideas en una conversación interior que había tratado siempre de evitar y que ponía claramente de manifiesto la huella que la soledad había dejado en mí. Como la compuerta de una presa rebosante recién abierta o como la válvula de una olla a presión, toda la mierda acumulada durante años salía ahora sin que yo pudiera detenerla.

Continué caminando sin rumbo, completamente abstraído en el curso de mis reflexiones hasta que de pronto, como una suerte de broma espiritual, me dí de bruces con la fachada principal de la iglesia de San Andrés, en el mismo instante en que las campanas repicaban anunciando las siete de la mañana.

-Y aquí tenemos otro de tantos decrepitos símbolos de un tiempo supersticioso que trata en vano de reconquistar el poder que la nueva religión les ha arrebatado. Ciber-curas con el cepillo cada día más ahuecado.

Tan absorto estaba que tardé unos instantes en caer en la cuenta de que había dicho aquello en voz alta. Miré instintivamente a mi alrededor, avergonzado, en busca del primer rostro asombrado que me reafirmara en la idea de una locura pasajera.

Allí no había nadie, estaba completamente solo.

No sé si fue por vergüenza o por el repentino reencuentro conmigo mismo, el caso es que saqué del *attaché* papel y bolígrafo, y resguardándome bajo una arcada cercana, comencé a escribir. No atendía a lo que anotaba, más bien me dejaba llevar por el propio placer de escribir, un placer que me traía a la memoria olvidados olores de libros viejos, tiempos de poesía y música de

Django Reinhard. Volvía a reencontrarme conmigo. Después de todo, no estaba tan muerto como creía.

<<...Y con esa voracidad de poder, no escatiman en pugnas y luchas, buscando entre la madeja de nuevas conciencias el ínfimo resquicio por el que colarse, desmintiendo los pecados del pasado y obviando los pecados del futuro. Causa y efecto. Todos y cada uno de los mensajeros de la buena nueva, la que viene plastificada, con conservantes de modernidad, desmontan nuestro pensamiento crítico, lo violan, lo torturan y lo rebajan a rabietas de colegial, mientras se relamen los colmillos y afilan sus garras, salivando sobre los corderos que somos y que habremos de ser. El eterno retorno a los infiernos, siempre renovados e inmortales; el ciclo del mundo al amparo del Uróboros..>>

Escribía con una letra ininteligible, a prisa, quizá por miedo a que la insistente llovizna desdibujara la pasión que en ese momento me enardecía. Y así hubiera seguido durante horas de no haber sido interrumpido, si interrupción se le puede llamar, por esa extraña sensación que nos hace girarnos cuando alguien nos observa, aunque no lo hayamos visto. Ese instinto atávico que nos pone en alerta cuando nos sabemos espiados, nos pone en guardia ante la amenaza.

Guardé celosamente las anotaciones en el maletín y paseé la vista a mi alrededor. Junto a la puerta de la iglesia, mis ojos toparon con los de un hombre que me miraba con un gesto que bien podría haberse definido como paternal.

Un hombre enfundado en una raída gabardina, con un cigarrillo colgando en los labios y que parecía recién extraído de una novela de *Dashiell Hammet*,

me miraba sin moverse, pensativo. Nos sostuvimos la mirada durante un tiempo indefinido hasta que el desconocido tiró la colilla, me guiñó un ojo cómplice y se sumergió en la oscuridad, más allá de las puertas del templo.

CAPÍTULO 3

Aquel tipo me produjo una honda impresión. Una especie de mal presentimiento.

A ojos de un observador objetivo, ajeno a las coyunturas personales de cada uno de nosotros, aquel encontronazo momentáneo no pasaría de una mera coincidencia o el saludo despistado y fútil de dos vecinos madrugadores con inquietudes completamente opuestas.

No sabría qué decir. ¿Iría a misa a aquellas horas, un martes? Ni siquiera habría sabido precisar si a aquellas horas se ofrecía algún servicio religioso. El caso es que para mí, debido a lo mejor a mi excitado estado de ánimo, no me pareció algo casual. Las casualidades que se suceden con tanta rapidez suelen terminar por no serlo. Aunque quizá fuera una infantil sugestión, sentí que había algo oculto y de mayor calado tras aquel girarme repentino; tras aquellos ojos oscuros y brillantes que por un segundo parecieron, que se yo, rezar o pedir por mí.

Si hubiera sido el protagonista en un teatro griego, aquel hombre misterioso sería el *Deus ex machina* que daría paso a un cambio de innecesaria explicación. Algo estrafalario o inesperado que podría malamente explicarse como una simple casualidad. Aunque claro, visto en perspectiva, supongo que en aquel entonces mi inquietud se reduciría a algo más parecido al asombro y el desconcierto.

El amanecer avanzaba inexorable y los escasos rayos del frío sol de invierno que lograban atravesar la densa capa de nubes, comenzaban a barrer la

oscuridad hacia las esquinas, destacando aquí y allá pequeños retazos de realidad, aclarando los pasos y rostros de los desconocidos cada vez más abundantes y asentando en mí la certeza del cambio, la sustancial diferencia entre el ayer y el hoy. La tensa presencia de este Martín desconocido.

Había retomado aquel deambular intuitivo, sin rumbo. El interruptor de mi cabeza parecía haberse vuelto a apagar y en ese momento pensaba en los problemas más inmediatos, más cerca del mundo de lo tangible. Trataba de anticiparme a los acontecimientos. Buscaba mentalmente empleo, un piso más económico, una ocupación más acorde con mis inquietudes, a las que ya había ignorado durante demasiado tiempo. Pensaba en la casualidad y el destino y en mi cualidad de desencantado patológico que parecía haber cedido por completo. Pensaba seriamente en los accidentes y en lo incontrolable, todas esas agresivas expresiones que evitamos en nuestras rutinas, acomodados en nuestro colchón de seguridad, sabiendo que solo los demás sufren accidentes, que a nosotros nos ampara el destino, la mano protectora del azar o cualquier excusa inverosímil parecida. El caos que solo está presente en las páginas de sucesos y que aquel día, iba a acercarse peligrosamente a mí.

Aún caminé en silencio durante cerca de quince minutos. De pronto, un fuerte estruendo similar a una detonación y que fue inmediatamente seguido por varias repeticiones similares, me hizo detenerme en seco. Iba a girarme y a volver sobre mis pasos para averiguar la procedencia de aquellos estallidos cuando un fuerte golpe rompió la horizontalidad. El suelo cambió de posición con el cielo y los contornos de los edificios se emborronaron cuando mis gafas salieron disparadas por los aires.

En un momento la oscuridad me cubrió por completo. El lejano aullido de un lobo rasgó el aire y la nada se iluminó con el resplandor cegador de un tren que volaba a mi encuentro.

Abrí los ojos de golpe, asustado. Me llevó varios segundos tomar conciencia de mi posición. Cuando volví por completo a mi ser, me incorporé. Estaba empapado, tenía colillas y papeles adheridos a mi sobretodo y me dolía insistentemente el hombro, pero el miedo, casi el terror que aquel tren de pesadilla había despertado en mi conciencia, superaba con creces cualquier violencia que la realidad quisiera ejercer sobre mí. La sentencia de muerte aplazada aquella madrugada, acababa de tomarse su revancha.

Busqué a tientas las gafas, arrastrándome por el suelo. No me levanté por completo hasta que las devolví a su lugar y el mundo volvió a tomar consistencia ante mis ojos. Una vez hecho esto, miré alrededor en busca del culpable de tan desagradable encontronazo. A apenas cinco metros de mí, acurrucado sobre sí mismo y bañado por las sombras en un rincón de la calle, estaba el bulto de lo que parecía ser una adolescente. Me acerqué con cautela, pues aún podía sentir las palpitaciones de mi corazón desbocado por el susto.

– Oye, ¿te encuentras bien? - Pregunté, sin acercarme demasiado.

Aquel bulto tan empapado y sucio como yo, respondió levantando hacia mí una dura y penetrante mirada de un profundo negro, demasiado negro para ser real. La mirada de una jovencita de apenas quince años que no mostraba miedo ni sorpresa; de hecho no parecía mostrar absolutamente nada. En todo el tiempo que he tenido para pensar en aquel momento, he llegado a la conclusión de que aquella mirada no era una mirada humana. En aquel momento, aquella joven se encontraba a años-luz de mí, a años-luz del mundo,

de la civilización y de la vida. Su gesto sin embargo, acurrucada sobre sí y rodeándose las rodillas con los brazos, me despertó una ambigua inquietud; algo muy parecido a la compasión, aunque quizá no tan preciso. Incluso recuerdo que la sumisión que manifestaba con aquel gesto me trajo a la memoria, por una incontrollable concatenación de ideas, la escena de un viejo documental que no recordaba haber visto y en el que un zorro atrapado en un cepo, mordía con saña su propia pata hasta morir desangrado en un desesperado intento por recuperar una libertad inalcanzable. Todo ello ante la impasible mirada del cámara, vendiendo su moral y su compasión a cambio de unos minutos de valiosísimo metraje. La manifestación más clara de lo irreal. El hombre aprovechándose del dolor para denunciar el dolor y el animal atemorizado mostrando lo que bien podríamos describir como valentía. Un oxímoron sentimental.

– Oye- Insistí, acercándome cada vez más- ¿Estás bien?

Mi pregunta quedó de nuevo en suspenso. Me agaché y acerqué mi cara a la de la muchacha tratando de atraer su atención, que parecía centrada en la nada. La misma estática y misteriosa mirada fue lo único que obtuve como respuesta.

Tiempo después, en la soledad de mi casa, llegaría a la subjetiva conclusión de que todo lo que pasó aquel día ya lo había descifrado en parte a través de aquellos ojos negros.

– ¿Has oído lo que acabo de decirte?- Le pregunté cara a cara, sin poder evitar sentirme un poco estúpido después de haber preguntado tres veces lo mismo.

Como ocurre en muchas ocasiones, había sonado más natural en mi mente, mezclándose con todos los sentimientos reales que allí bullían, entre la confusión del golpe, el miedo por la pesadilla y la incompreensión por el silencio de la joven. La natural limitación de la palabra; tan válida para describir tantas cosas y tan desgraciadamente inútil para transmitir sentimientos.

¿Cómo habría podido transmitir a una desconocida parte de mis sentimientos solamente con palabras? Salían de mi boca, es cierto, pero terminaban por perderse en el vacío, como volátiles volutas de vaho.

Ya iba a desistir y regresar a mi casa, cuando aquel bulto pareció cobrar vida. Aún intrascendente, mi pregunta debió llegar a puerto. Yo aún me encontraba algo turbado por mi incapacidad para tomar las riendas de la situación, pero supe sobreponerme para tender una amistosa mano a aquella muchacha, que ya estaba levantándose.

Se irguió con languidez pero con cierta gracilidad, y como un gato que se estirase sobre la alfombra, se arregló las ropas mojadas y me tendió la mano a su vez, apretando la mía con inusual firmeza.

Yo la miraba atentamente y cuanto más fijaba la atención en sus ojos, más atropelladamente se revolvían mis pensamientos. Decididamente me estaba quedando atrapado en aquella muchacha, con una atracción que nada tenía que ver con la atracción física; era más bien algo similar al magnetismo del terror; ese magnetismo que desprende todo lo que nos da miedo y que nos hace en cierta medida desearlo. No sabría explicarlo, pero la sensación más parecida sería la de esa extraña fuerza que, desde las alturas, te insta a lanzarte al vacío.

- Estás sangrando – Me dijo de pronto con una voz que carecía por completo de expresividad. Automática.
- Gracias- Titubeé. En la prisa por recuperar las gafas y parte de la dignidad, no había caído en la cuenta de que la pernera derecha del pantalón estaba teñida de rojo - No es nada. ¿Tú estás bien? Me has dado un susto de muerte.
- Sí. Tengo frío.
- ¿Vives por aquí cerca? Yo vivo justo ahí – Dije señalando hacia la oscuridad – Puedes secarte un poco y llamar a alguien si quieres.

Hablé sin pensar en lo que decía, impulsado por esa mezcla de sentimientos que no hacían sino embrollarse más y más a cada instante. Si me hubieran preguntado, no habría sabido contestar si aquel ofrecimiento respondía más a un impulso caritativo o a la curiosidad que despertaba en mí aquella desconocida.

Cada vez que me encontraba con sus ojos, un mal presentimiento me provocaba un escalofrío. Algo muy parecido a lo que me había pasado minutos antes con el misterioso hombre de la gabardina.

Quizá, quien sabe, parte de la inocencia que había ido perdiendo a lo largo de los años pugnaba por recuperar algo del control que yo mismo le había arrebatado, sobreponiéndose a mi naturaleza racional y reflexiva. Parte de una infancia que ya tenía más que olvidada. El caso es que lancé aquella frase con total inocencia, y con total inocencia me siguió ella hasta casa.

CAPÍTULO 4

La primera punzada del arrepentimiento me sobrevino apenas cruzado el umbral de la puerta. Ya deseaba volver a salir antes de que penetráramos en el estrecho y oscuro pasillo. El olor a cerrado y a tabaco me recordaron el desorden del que, hasta aquella mañana, nunca me había preocupado.

Sin saber exactamente qué decir y con miedo a quedar como un idiota tratando de excusarme, le ofrecí una taza de chocolate caliente mientras señalaba la entrada del cuarto de baño con la mano, al que entró sin preámbulos, como si encontrarse en una casa ajena no le importase lo más mínimo.

Salió al cabo de quince minutos completamente seca y se detuvo unos segundos frente al cuadro de Venecia en llamas y tras soltar una especie de gruñido, entró en la cocina-salón. Miró en torno suyo con indiferencia antes de dejarse caer pesadamente en el sofá.

Cuando terminé de preparar el chocolate, esto es, cuando el microondas sonó, encontré a la joven sentada, rígida, inexpresiva y con la vista clavada en la estantería, de la que no apartó la vista ni mientras cogía de mi mano la humeante taza. Su gesto seguía sin reflejar absolutamente nada.

– ¿Te encuentras mejor? - Le pregunté mientras tomaba asiento frente a ella en una vieja y desvencijada silla, con un cigarrillo en una mano y una lata de cerveza en la otra.

– Sí – Fue la escueta respuesta que recibí.

– ¿Quieres llamar a alguien?

– Quizá más tarde.

Di un largo trago a la cerveza y una profunda calada al pitillo antes de continuar.

– ¿A dónde ibas con tanta prisa, si se me permite saberlo?

– Me he escapado.

Aquello era como rellenar un test o hablar con una máquina. Respondía automáticamente y sin entonación a cada una de mis preguntas. Cualquiera, oyendo desde fuera, hubiera pensado que estaba respondiendo a una encuesta

telefónica. Tanto es así, que en un momento llegué a pensar que acabaría escuchando algo parecido a “Su tabaco, gracias”.

– Vamos prosperando. Te has escapado ¿De dónde?

– De la iglesia.

Mientras ella respondía sin mirar, estática y misteriosa, yo me encontraba cada vez más nervioso e inquieto, fumaba y cambiaba de postura sin parar.

– ¿Cómo que te has escapado de la iglesia?

La chica se encogió de hombros.

– ¿No deberías estar en el instituto o algo así? - Insistí.

– Y tú ¿No deberías estar en el trabajo? - Repuso, no sin sorprenderme.

– Ya, bueno. Hoy no – Tartamudeé un poco. Debo admitir que no esperaba semejante salida. Al menos ya sabía que no era tonta. Algo es algo.

– Pues eso. Hoy no he ido.

– Hoy no has ido a clase, pero sí has ido a la iglesia. ¿Vas para monja o algo así?

– No. No he ido a clase. He ido a la iglesia.

– A ver si lo entiendo ¿Has hecho pellas para ir a la iglesia? En mis tiempos, cuando nos fumábamos las clases, íbamos a los billares o a los recreativos. Entiendo que los tiempos cambien pero ¿A misa?

– Yo no he dicho que haya estado en misa. Esa una asociación de ideas un poco estúpida.

– Supongo que tienes razón. - Me ruboricé- Lo siento. Has ido a la iglesia, vale. ¿Te interesa la arquitectura renacentista maltratada por la especulación inmobiliaria?

– Es tranquilo.

– Ya, es tranquilo.

Me levanté suspirando, asimilando el silencio que había vuelto a establecerse entre nosotros. Aquella situación era tan irreal que necesitaba poner algo de normalidad de por medio, así que me acerqué al equipo de música y puse un compact de *Louis Armstrong*. La música como pretexto para asentar los pies en la tierra: algo que no dejaba de parecerme irónico.

Me pasé una mano por la frente, secándome un sudor imaginario, cada vez más confuso ante la falta de expresividad de aquella chica. Cogí otro pitillo antes de volver a sentarme y retomar la conversación.

– ¿Crees en Dios?- Solté de repente. Un órdago al poso de racionalidad que aún maquinaba en mi mente. De encaminarnos a la locura, lo haremos de la mano.

– A mi modo.

– A tu modo – Repetí de forma involuntaria. Debía de ser contagioso.

– No creo en el Dios de las iglesias si es lo que deseas saber. Un Dios omnisciente me parece algo demasiado grande como para tratar de abarcarlo con la simple conciencia humana.

– ¿Y eso que quiere decir?

– Que si existe un Dios, no me concierne a mí la tarea de darle un nombre. Que quizá no sea más que una parte de nosotros mismos. Una necesidad natural por sentirnos amparados por algo o alguien.

Sentía que aquella conversación se me estaba escapando de las manos, aunque no podía hacer nada por detener la retahíla de idioteces que acudían a mi mente en tropel.

- Algo así como un pretexto para la vida – Decidí seguir la corriente de la conversación. Ya ni siquiera sabía cuál era mi postura al respecto, tan contrariado me encontraba. Simplemente me dejé llevar, mañana sería otro día. - Dios como la letra impresa en una novela a medio leer.
- Tú no crees en nada – Ni siquiera dignificó aquella frase con el beneficio de la duda. Solo lo expresó tal y como acudió a su cabeza. Yo cada vez me sentía más intrigado por ella.
- Yo, verás – Titubeé de nuevo. Me encontraba cada vez más nervioso sin saber por qué.- Creo sinceramente que la metafísica me pilla un poco a desmano. No acostumbro a pensar demasiado en ese tipo de cosas. Al menos hasta esta mañana, siempre había pensado que era una tontería tratar de explicar algo que nunca podremos demostrar.
- ¿Y qué te ha pasado?
- Digamos que la casualidad ha hecho su aparición.
- ¿La casualidad?
- Es demasiado largo de explicar.
- Eso no es una respuesta – Me replicó, creo que incluso con cierta acritud.
- Bien - Cedí, como no podría haber sido de otra forma. - Digamos que entiendo la necesidad humana de un Dios como la necesidad de alejar lo incontrolable, el azar y todo eso. La vulnerabilidad se vuelve tolerable si crees en una mano protectora sobre tu cabeza. - No entendía como habíamos llegado a semejante conversación y por esa misma razón, simplemente me dejaba llevar. - En fin, si quieres una respuesta clara, te diré que siento a Dios como una voz en *off* que se empeña en llevarme la contraria.

- Algo así como la conciencia. ¿No?
 - Algo así. Mi particular Pepito Grillo. En fin, ahora me toca a mí – había entrado en el juego e iba a por todas – Si no crees en Dios (al menos con ortodoxia) y no te interesa demasiado la arquitectura del siglo XVI, dime ¿Qué hacías allí tan temprano?
 - Pensar. Ya te he dicho que es un lugar tranquilo.
 - Pues para ser un sitio tan tranquilo has salido corriendo de él lo bastante apurada como para chocar conmigo – Dejé caer aquella frase como cebo. No soy bueno con los envites, pero trataba de llevar las riendas.
 - Escapaba de la maldad.
- Esa respuesta sí que no la esperaba y a lo mejor por eso la recibí con un estremecimiento. Quizá no fuera más que la forma en que lo dijo. Aquel dejarse vencer; esa mirada que cae plomiza sobre su propio dolor....no sé, algo había tras aquella frase y era ese algo el que deseaba alcanzar.
- ¿Qué maldad?
 - La de las personas – Me dijo como si fuera estúpido – Las personas son malas. Por eso estamos como estamos.
 - No creo que el problema sea exactamente ese. Quiero decir que no creo que las personas sean malas en general – Ya volvía a estar metido de lleno. No podía evitarlo – La maldad es solamente un concepto y como cualquier otro, es abstracto y depende de la opinión del observador. A mi modo de ver, el mayor problema de la humanidad no es la maldad, sino la estupidez.
 - La estupidez también es un concepto. Una etiqueta.
 - Es cierto – Admití. Me había pillado en un renuncio. La había infravalorado. - Cambiemos estupidez por poder. Ya, ya sé que el poder

también es un concepto, pero también, sin dejar de serlo, es un concepto más físico y demostrable. Creo que por norma general, las personas tienen buenas intenciones. Pero el conjunto, las sociedades, son hipócritas, agresivas y dominantes. Como somos animales gregarios por naturaleza, supongo que somos todos hipócritas, agresivos y dominantes, eso es todo.

- Es un silogismo desalentador o un sofisma muy acertado.
- La esperanza, dicen, es lo último que se pierde. Pero supongo que tienes razón, aunque solo se trata de mi opinión. Probablemente esté equivocado.
- Ettienne, el cura, dice que el rebaño va a encontrarse tarde o temprano con la necesidad de una revolución y que después, con la necesidad de volver con humildad al redil. No lo entiendo muy bien. Las personas no cambian. La charla crecía sin parar. Se desbocaba sola, ajena a nosotros y a nuestras preferencias. Personalmente, hacía mucho que había perdido la noción del tiempo. Me dejaba llevar, flotando, sobre los desvaríos de aquella desconocida que, quien sabe, bien pudiera ser una psicópata. En ese momento, cualquiera que hubiese entrado en nuestro “Círculo” habría sido incapaz de asimilarlo. Era algo mágico. Una conexión.
- No sé qué decirte – Continué – esta sociedad conforma el *dramatis personae* de la tragedia más aburrida de la historia.
- No entiendo.
- Digo que todo acaba por repetirse y que tarde o temprano, volveremos a ver arder herejes en las hogueras.
- El eterno retorno. Uróboros.
- Algo así – Respondí sin poder evitar una sonrisa de complicidad – es como ese juego de pescar carpas ¿ Lo conoces ?. Las carpas tienen un imán en

la boca y giran sobre una base de plástico, en círculo, hasta que uno de los jugadores pesca todas las de un color en particular. Creo que así funciona más o menos el mundo. Giras y giras, abriendo y cerrando la boca, hasta que alguien te coge y deja que agonices hasta morir al borde del paseo marítimo.

– Cada vez que abrimos la boca, morimos un poco. Como *Nietzsché*, todo se repite eternamente.

Eso sí que me pilló por sorpresa. *Amstrong* seguía sacando aullidos a su trompeta mientras la irrealidad continuaba apropiándose de mi piso.

– Podría ser – Concedí – Aunque supongo que siempre nos queda el azar. Sabes, creo que tu cura tiene razón. Al fin y al cabo, nosotros creamos a Dios por necesidad, lo destruimos porque esa necesidad ya fue satisfecha y tarde o temprano volveremos a crearlo por puro aburrimiento.

– Entonces creerás – Aseguró ella.

– No lo necesito. Parafraseando al gran *Charles Aznavour*; no gano nada siendo ateo. Si Dios no existe, no pasa nada. Si existe, me recibirá bien por la vida que he llevado.

– Es una respuesta cobarde.

– Y escaparse corriendo de una iglesia representa el acto más valeroso de tu vida.

– Es complicado- Suspiró al tiempo que su cara adquiría un matiz un tanto sombrío.

– ¿Qué es tan complicado?

– La gente nunca ve lo que pasa a su alrededor. Lo mira, lo comenta, pero no lo ve. Y únicamente ven la superficie de sus propios actos. Es deprimente.

- Es normal, es la norma de una civilización organizada. Si pensásemos demasiado, algo empezaría a desmoronarse. Un corazón que deja de latir porque le molesta su propio sonido.
- Tú haces lo mismo.
- ¿Y por qué habría de ser yo diferente? No tengo alternativa. En tu caso, por ejemplo, me obligas a rellenar los huecos de tu historia con fragmentos que no puedo más que conjeturar y eso resulta francamente complicado. ¿ Por qué razón tendría que ir más allá de lo que desconozco ?
- Por la misma razón por la que miras más allá de lo que conoces. O por la misma razón por la que la profundidad se pierde en lo frugal.
- ¿Y cuál es esa razón?
- La libertad.
- ¿La libertad? - Esa respuesta no me la esperaba en absoluto.
- La libertad que se me acaba.

CAPÍTULO 5

- ¿Sabes una cosa? - Retomó la conversación como si nunca se hubiese detenido. Su última frase, acerca de la libertad, aún rondaba por mi cabeza mientras abría la nevera en busca de una nueva cerveza.
- ¿Te refieres a perder la libertad? Quiero decir ¿A ir a la cárcel o algo así?
- En las películas siempre te preparan antes de que pase algo— Continuó, haciendo caso omiso a la pregunta que acaba de formularle, como si yo no fuera más que un pretexto para su soliloquio. Un mero espectador - La música, la luz, los colores...huyen de la casualidad preparándote de antemano. Casi todo se da por sentado, no hace demasiada falta reflexionarlo. En la realidad la gente se muere sin más. En la ducha o yendo al trabajo, punto. Repentino y real. Nadie anticipa nada.
- Sí, por mi parte siempre he temido que me cayera una maceta en la cabeza. Eso debe ser como ganar la lotería de la muerte – No dejaba de fijarme en que la frialdad tan característica de la muchacha iba desapareciendo gradualmente. Se iba confiando a mí y por más que me pesara, tenía la obligación moral de ayudarla, sin desdeñar que me moría de curiosidad por desentrañar su misterio.

– La mañana en la que desapareció mi madre, era una mañana normal. Un día repetitivo, exactamente igual al anterior. Me levanté temprano, desayuné y fui a la escuela. Todo natural. Tenía diez años. Toda la inocente vitalidad de la infancia.

– ¿Qué le pasó? - Le interrumpí únicamente para disimular un escalofrío. Aquella locura parecía intensificarse y no sabía que era mejor, si la anómala frialdad del principio o la marea de información inconexa que estaba empezando a caer sobre mi confusa mente.

– Por la tarde no había colegio y como tenía que trabajar, me dejó con los abuelos. No eran mis abuelos de verdad. Una pareja de ancianos que vivían en el piso de enfrente, que olían a naftalina y tenían una gata incontinente. Mi madre estaba trabajando en una exposición sobre el dolor de la locura o algo así. Un recorrido a través de los sentimientos insatisfechos, no sé. Mientras escuchaba, limitándome a asentir en silencio por miedo a romper la conexión que parecía afianzarse más y más a cada rato, pensaba no sin cierta culpabilidad, en lo irreal y patético de la situación. Algo no encajaba, pero no hubiera podido decir de qué se trataba. Aún hoy me cuesta recorrer aquella conversación con naturalidad. Casi podría decirse que la recuerdo borrosa, como el eco de un sueño que se desvanece al despertar pero del que siempre queda un pequeño poso.

– ¿Sabes? - Continuó – Un día se dejaron el gas abierto. Los encontraron a los tres tios en la cama.

– No me parece una mala forma de morir.

- No, no debe serlo. Lo que más me extraña es que la gata, aun siendo tan vieja, tuvo que haber oído algo. Tuvo que intuir el peligro y aun así prefirió quedarse allí a morir.

- A lo mejor se había cansado de vivir – Aventuré. Ya no sabía en qué bando situarme. Perdido el contacto con la racionalidad reflexiva, me dejaba arrastrar, como un barco a la deriva.

- ¿Crees que pueden suicidarse los animales?

- Espero que sí. Quiero decir, ¿Por qué razón no iban a cansarse de vivir igual que nosotros?

Si a nuestra sociedad pudiésemos arrancarle el miedo a la muerte y la incertidumbre ante lo desconocido, apuesto a que ese tipo de suicidio haría aumentar considerablemente las estadísticas. Al fin y al cabo, bien pudiera ser que la gata, cansada de mearse por las esquinas y sufrir dolor de huesos, llegase a pensar que aquello era lo mejor. Un final tranquilo. Dormir o morir, solo es eso.

- Eso me suena.

- *“Y pensar que con un sueño damos fin a la pena y a los mil naturales reveses que forman el patrimonio de la carne....Es un final deseable y tentador. Morir, dormir... ¡Tal vez soñar!”*

- Eso es atribuirle demasiada capacidad de análisis a un simple gato. No creo que leyera jamás a Shakespeare.

- No lo sé, solo conjeturo.- Y tratando de zanjar esa estupidez de debate, pregunté - ¿Qué pasó después?

- Que los sacaron envueltos en sábanas, cada uno en una camilla. A la gata no. A la gata la metieron en una bolsa, injustamente, creo yo.

- Que pasó con tu madre, quiero decir.

La dinámica de la conversación había cambiado definitivamente. La muchacha parecía reflexionar en voz alta. Ya no interponía nada a sus pensamientos, ahora eran los propios pensamientos los que habían tomado la delantera y parecían atropellarse en su cabeza, incapaces de encontrar un orden. Simplemente salían de ella tal cual, sin importar que el significado o siquiera el contexto se perdiesen en la marea, una marea de incoherencias a la medida de mis expectativas.

- Recuerdo que estaba sentada junto a la ventana, leyendo un libro que había llevado conmigo. La princesa manca.

- Lo conozco.

- Yo lo recuerdo por esas cosas que suceden a veces, por el shock y todo eso. Incluso recuerdo un trozo del capítulo que estaba leyendo cuando sonó el timbre. *“...pero era como si ésta se hubiera disuelto en el aire y su sustancia fuera del mismo humo que entonces había visto ascender hacia el cielo...”* -

Recitó de memoria, entrecerrando los ojos en el recuerdo. - De hecho, visto en la distancia, me parece un fragmento más que apropiado.

- Otra casualidad – Apunté.

- Es posible – Durante un segundo sus ojos se perdieron en la nada.

Parpadeó varias veces y retomó el hilo - Escuché el timbre de nuestra casa y me asomé a la mirilla. Sabía que allí no había nadie y me resultó raro que tocaran el timbre a aquellas horas. En el rellano estaba un hombre con el pelo blanco y vestido de negro, muy elegante. No sé por qué pero me asusté un poco y volví a mi sitio. Al rato tocaron el timbre de casa de los abuelos y cuando la abuela abrió, había dos policías en el umbral.

Volví a ponerme en pie y comencé de nuevo a deambular nervioso a lo largo del salón, buscando en mi cabeza algo apropiado que decir. Sé de sobra que la empatía se siente, no se dice, pero estaba llegando a un punto en que se me hacía necesario el sonido conocido de mi voz, quizá para suplir la falta de seguridad que se iba instalando en mi interior a medida que se alargaba el relato. Necesitaba un ancla en medio de aquella deriva. La tensión se hacía cada vez más palpable y ya estaba acusando la falta de una dosis de antidepresivos, aunque ignoro por qué razón no me atreví a abandonar el salón para ir a buscarlos.

La chica se había quedado callada al verme levantar, y el silencio se dejaba sentir como una presencia más, con violencia, casi con dolor. La trompeta de *Louis Armstrong* continuaba sonando de fondo, pero había perdido su fuerza. En aquel momento podría haberlo comparado con el canario que alguien se compra para combatir la soledad; un pretexto para no escuchar el sonido de su propia respiración.

Solo cuando retomó su relato, otra vez con la misma espontaneidad con la que se había callado, pude parar de moverme sin ton ni son.

- Eso me impactó muchísimo. La policía siempre impacta cuando no se la espera.
- Cuando se la espera también impacta – Añadí por decir algo. - Dime una cosa. ¿Tu padre? No me has hablado de él
- En el casino. Al menos fue allí donde lo encontró la policía, borracho. No lo veo casi nunca y apenas si nos dirigimos un par de palabras. No es buena persona. En fin, al menos no es un buen padre. Una vez, hace mucho

tiempo, le seguí mientras se iba a trabajar. Entró en un bingo y no salió en mucho tiempo.

Algún tiempo después descubrí que llevaba mucho tiempo sin trabajo y que iba todos los días al mismo casino, de la mañana a la noche.

- Debe de ser difícil para una niña descubrir una mentira como esa. - Aunque la muchacha hablaba con mayor fluidez, los sentimientos esquivaban no ya su conversación, sino hasta sus gestos, su mirada y hasta su entonación. Cualquiera hubiera dicho que estaba hecha de mármol. Incluso en algún momento detecté cierto cinismo en su voz. Decidí, quizá muy precipitadamente, continuar por aquella brecha. - ¿Qué pasó cuando lo encontraron?

- No lo recuerdo muy bien. Llamaron a la puerta de casa, hablaron en susurros. Dijeron que estaba borracho y que se había desmayado al recibir la noticia. No sabía nada y me extrañaría lo contrario. Es una persona vacía.

- ¿Vacía? ¿Vacía de qué?

- Vacía. No parece disfrutar de la existencia pero creo que le falta valor para quitarse la vida. Existe, limitado a dejarse llevar por los días y con el don de infundir a todos con los que trata una especie de desasosiego.

Una cosa que me llamó mucho la atención fue la reacción de la abuela.

Lloraba como una niña pequeña, ahogándose y moqueando. Me chocó mucho.

Una señora con toda una vida a sus espaldas, llorando como una chiquilla. La señora “S” había denunciado la desaparición.

- ¿“S”?

- Sí. Es una víbora que nunca me ha gustado. Siempre se esconde tras una mal disimulada fachada de condescendencia. No sé cómo se llama. “S” es una

especie de apodo. Supongo que ella es una de esas personas que a lo esnob lo llaman moderno y a la estupidez la llaman “tener clase”.

- ¿Quién es esa mujer?
- Era la marchante de mi madre. Dijo a la policía que mi madre había salido a tomar el aire, que llevaba toda la velada alterada. Claro que se apresuró a añadir que no pudo hacer nada hasta que terminó la exposición. No había necesidad de inquietar a los invitados. Ahí tienes un ejemplo de la clase que tiene. Invitados, el eufemismo perfecto para definir a sus caprichosos clientes.

Comenzaba a vislumbrar un atisbo de la realidad de aquella joven. Manejaba la posibilidad de que todas las impresiones que me estaba llevando de ella respondían a una amalgama de traumas que ni ella misma podía enumerar. Aquello viraba de la simple y llana locura a la psicología más intrincada, ajena a mis escasos conocimientos de la mente humana. Bastante tenía yo conmigo mismo, aunque bien mirado, no deja de ser un consuelo el encontrar a alguien en peores circunstancias que las de uno mismo. No sé, definitivamente aquella extraña atracción que me había llevado hasta el lugar en el que me encontraba, me venía desmesuradamente grande. Esa debía ser la justicia divina de un Dios que está siempre comunicando.

- Antes lo vi. A mi padre.
- ¿En la iglesia?
- Sí. ¿Has pensado alguna vez que todo está relacionado de algún modo? Lo dijiste antes, el uróboros. El eterno retorno y todo eso. Se supone que tiene que pasar lo que ya está escrito y que va a repetirse una y otra vez a lo largo de toda la eternidad.

- Sí, bueno, realmente nunca me había parado a pensarlo demasiado en profundidad. Era poco más que un apunte a pie de página. - No sé por qué, pero me temblaban las palabras en la boca, hasta que la siguiente pregunta me dejó prácticamente mudo.
- ¿Has disparado alguna vez?
- ¿Un arma? ¿Como una pistola o algo así? No. Alguna vez en las fiestas y eso.
- Mi padre tenía una pistola. Una *Derringer Philadelphia* del calibre cuarenta y uno. Funcionaba y todo, aunque no le vi dispararla nunca. Se la había regalado su padre. Siempre me contaba que era un arma muy especial porque era del mismo modelo con el que *John Wilkes Booth* mató al presidente *Lincoln*. Decía que le inspiraba respeto saber que algo tan pequeño, apenas unos gramos de metal y madera, pudieran cambiar radicalmente el curso de la historia.
- Es una magnífica metáfora.
- Sí. Siempre me atrajo aquella arma. Quizá sea una tontería, pero me identificaba con ella cada vez que la cogía.
- ¿Y qué fue de ella?
- Todo tiene su tiempo preestablecido, aunque esté condenado a repetirse.

CAPÍTULO 6

El compact de *Amstrong* había terminado, devolviendo a los silenciosos intersticios de la conversación su rudeza natural.

Entre nosotros continuaban volando las invisibles imágenes de la historia que ella me iba desgranando poco a poco y que me tenía inevitablemente atrapado. Incluso asustado; estaba muerto de miedo, no tanto por el contenido de la conversación como de lo que de ésta pudiera devenir, tanto para mí como para la muchacha a la que ya había tomado un inexplicable pero profundo cariño. Algo inefable pero tremendamente intenso.

El pequeño salón se había transformado en una suerte de aquelarre de dos en el que ella marcaba el compás de una sinfonía que solo nosotros podíamos escuchar.

Yo había retomado mi nervioso deambular y rebobinaba mentalmente la historia, buceando en los detalles para tratar de anticiparme a la solución de aquella locura de charla. Trataba de evitar la incertidumbre y aunque me cueste admitirlo, contra la fuerza imperiosa de mi curiosidad se iluminaba constantemente la señal de alarma de la cautela, que me obligaba a desear que aquello no durase mucho más tiempo. Aquel incomprensible cúmulo de casualidades escapaba por completo a la racionalidad y cuanto más me imbuía en él, más cuenta me daba que esa joven no había llegado a mí por causa del azar. Quizá no fuera más que sugestión, pero era una sugestión tan válida como un conocimiento científicamente calculado.

A fin de cuentas, si no me hubiese detenido frente a la iglesia embebido en mis elucubraciones socio-culturales; si no me hubiera quedado prendado de la atenta mirada del desconocido de la gabardina y en definitiva, si hubiese llegado a tiempo al trabajo, nada de esto habría pasado. Me encontraría

aburrido, mirando constantemente el reloj, hastiado con la vida, con la suerte y con la rutina, sin tener el valor suficiente como para plantarle cara. Terminaría mi jornada laboral y volvería a casa en el interurbano, mascullando egoístas excusas ante lo que únicamente puede tildarse de cobardía. Aquellas casualidades me habían dado un empujón, aunque aún no sabía en qué dirección.

Aunque no me cabía duda de que algunos pasaje de la historia tenían necesariamente que estar adornados por la imaginación de la joven, creía firmemente en la trama central sobre la que se sostenía, embellecida con pinceladas novelescas, es cierto, pero real como solo puede serlo el dolor. El shock de unas vivencias tan dolorosas no duraría eternamente. Lo más probable era que, tarde o temprano, se derrumbasen sus defensas y que toda la estabilidad que no sin esfuerzo conseguía mantener, se derrumbara como un castillo de arena. Lo que más temía era que ese punto de inflexión llegase demasiado pronto, al fin y al cabo, ya había comenzado a titubear, a confiarse y a dejarse llevar por los sentimientos, si bien controlando al máximo el nivel de exposición, como si ya lo tuviera pensado todo de antemano. Había empezado a entreabrir la puerta y no me apetecía en absoluto asomarme a su interior, por más que deseara ayudarla.

La miré de reojo en una de mis idas hacia la ventana. Afuera seguía lloviendo, pero ya no era una lluvia pintoresca y lánguida como la de la madrugada. Ésta solo había sido la introducción, el entreacto a una lluvia agresiva y persistente que ayudada por un viento que se antojaba helador, envolvían la calle con un aura de tristeza desolada. La muchacha ni siquiera movió la cabeza cuando me

levanté, y se mantenía en su eterna quietud, la vista congelada en algo que yo no era capaz de ver. Hasta hacía poco se había limitado a narrar su historia como un lector, manteniendo la distancia necesaria entre los acontecimientos y su persona, pero algo parecía a punto de romperse en su interior. Se intuía con facilidad que deseaba seguir hablando. Ella había impuesto el silencio, es cierto, pero tal vez como un respiro para que su universo personal volviera a alinearse. Yo le lanzaba miradas suplicantes, aunque no sabía explicar que era exactamente lo que imploraba. Necesitaba comprender, y la incertidumbre me estaba volviendo loco.

– Durante aquellos días me llevaron a casa de unos familiares que tienen un chalet en las afueras – No pudo resistir por más tiempo y lanzó aquella frase al vacío, imponiendo de golpe la cadencia de aquella interminable confesión. - Nunca me han gustado demasiado. Tienen esa tendencia a menospreciar todo lo relativo a la ciudad. Tratan de aparentar un amor por la naturaleza que se manifiesta en aburridos paseos por senderos plagados de turistas y pese a su desprecio, pasan el día entero en la ciudad recorriendo tiendas y bares. Los odio de veras, y esa es una de las razones por las que empecé a ir a la iglesia.

Mientras volvía a sentarme frente a ella un ínfimo rayo de sol que había logrado abrir una efímera e insignificante brecha en el espeso manto de nubes, dibujó un pequeño semicírculo en el suelo, junto a mi silla. Me senté como si un enorme peso tirase de mí y me quedé hipnotizado por las pequeñas partículas de polvo que danzaban en el haz de luz. Dije algo por inercia, lo primero que me vino a la mente. Un eslabón preparado para enlazar la conversación. Una simple frase de cortesía.

- Te entiendo.
- Bueno, allí fue donde hace poco vi a mi padre, entrando furtivo en la sacristía. Pasaba horas y horas hablando con Ettienne, aunque éste nunca me dijo de qué, por más que le pregunté. No soy estúpida. Estoy convencida de que la afición de mi padre por el juego y la bebida es lo que ha desatado este caos, igual que estoy convencida de que la muerte de mi madre no es el último toque de atención del diablo.
- ¿El diablo? ¿No te parece un tanto rebuscado?
- No es más que una manera de hablar. El caso es que esa gente no desconoce mi existencia, ahora más que nunca.

Esa revelación hizo que la realidad volviese sus ojos sobre mí. Hasta entonces había seguido la narración con una mezcla de temor y fascinación, sentía verdadero interés por la muchacha y sus circunstancias, por saber lo que le estaba pasando y por saber cómo podría yo ayudarle, pero no pensé en ningún momento que aquello se pudiese volver en mi contra.

“Esa gente no desconoce mi existencia, ahora más que nunca” era una frase que denotaba peligro. Si esa gente, sea quienes fueren, sabían de su existencia y por alguna razón anduviesen detrás suyo, el que nos encontrasen juntos no me haría arribar a buen puerto.

En una milésima de segundo, en apenas diez palabras, había pasado de oyente objetivo a personaje de la trama. Repasé mentalmente y sin querer todas las novelas negras que había leído a lo largo de mi vida. *P.D. James*, *Montalbán*, *Sidney Sheldon*...en la mayoría, siempre aparece un tipo que no es más que un pretexto para excusar la narración y que indudablemente acaba siendo cómplice o lo que es peor, un fiambre.

Siguiendo el curso imparable de mi paranoia, resultaba obvio que sus perseguidores la estuviesen vigilando y que la hubieran seguido hasta mi casa. Incluso era posible que en ese mismo instante se estuviesen acercando a mi puerta, los nervios templados y la mente fría, vete tú a saber con qué propósito.

Con un impulso nervioso, giré la cabeza en dirección a la ventana, dispuesto a lanzarme por ella perdiendo en un momento tanto la dignidad como probablemente la vida y abandonando a aquella infeliz a su suerte. El corazón me galopaba en el pecho y ya empezaba a flagelarme por no haber ido a trabajar, por no haber continuado con mi insulsa existencia, aburrida pero segura, en la que nada, nunca, escapaba a una previsión matemática casi irrisoria.

Es bien curioso lo rápido que uno trata de agarrarse a la seguridad. Instinto de supervivencia o no, el caso es que no parece que hayamos nacido para la improvisación.

– Sé lo que estás pensando. Puedes estar tranquilo – Dijo de pronto con cierta acritud, deteniendo de golpe la tormenta que mi imaginación había desatado – No va a pasarte absolutamente nada. Nadie sabe que estoy aquí y de todas formas no tardaré en marcharme.

– Perdona - Tartamudeé avergonzado. El rubor me subió a las mejillas y me culpé por revelar ante ella una actitud tan infantil. Me estaba dejando absorber hasta tal punto que la historia de la chica se estaba convirtiendo ya en algo personal.

<<Al fin y al cabo – reflexioné- no estoy dentro de una novela. La realidad es siempre más sencilla>>. - Es que creo – Continué – que no alcanzas a

comprender la magnitud de todo lo que me estás contando. De hecho no alcanzo a comprenderla ni yo mismo. No sé si me estás tomando el pelo, si eres una psicópata o si rizando el rizo, eres una alexitímica incapaz de sentir nada.

- No te preocupes. Ese es mi problema, supongo.
- Bueno, eso es cierto. En fin ¿Dónde termina todo esto? Quiero decir ¿Hay una moraleja o algo así? Me siento como en una montaña rusa.
- La historia termina donde tiene que terminar. Ya sabes, hoy es siempre.
- ¿Ahora *Machado*? Las evasivas no cuentan como respuesta.
- Es lo que pone en la tumba de mi madre. Hoy es siempre, con feas letras de molde dorado sobre mármol negro. La mesocracia que domina los cementerios de arrabal.
- No me gustan los cementerios – Repuse – son los modernos museos del horror. Un recordatorio del tiempo que se nos escapa de entre las manos mientras tratamos de creernos especiales. Un golpe de realidad en la irrealdad circundante.
- A mí tampoco me gustan. Además no creo que mi madre esté allí. Allí no hay más que despojos, residuos humanos descomponiéndose en soledad. Es triste e irónico.
- Mira por dónde, no puedo estar más de acuerdo contigo. Aunque entiendo que haya personas con la necesidad de atenuar una soledad demasiado pesada. En cierto sentido, comparten sus soledades con las soledades de los muertos al otro lado del nicho. Algo así como los ancianos que tienen la casa repleta de fotografías que ya no recuerdan. Es verdaderamente triste.

- ¿Sabes? - Continuó – hace mucho tiempo que se fue. Ahora incluso me cuesta mucho recordar su cara y cuando lo consigo, no deja de ser como un avatar, una imagen fija, sin detalles. Es como si el tiempo comenzase a desdibujar algo que sabe que ya no vas a necesitar. Pero hoy, en la iglesia, la he visto. La he visto igual que te veo a ti.

Dijo aquello con tanta naturalidad que no me atreví a contradecirla con una observación escéptica. Me limité a dedicarle una sonrisa cómplice.

- Creo que cuando acabe lo que quiera que te esté pasando, vas a tener que hacer un gran esfuerzo para alejar el dolor de los recuerdos.

- Lo sé, pero tendré tiempo de sobra mientras disfruto de mi obligado descanso.

- ¿A qué te refieres?

La pregunta quedó sin respuesta, flotando en la neblina azulada que emborronaba la habitación. El silencio volvió a instalarse y nos quedamos mirándonos el uno al otro, con lo que me atrevería a llamar un brillo de amistad en los ojos, viéndonos reflejados el uno en el otro.

Yo, que había llegado al límite, luchaba contra aquella quietud con paciencia sobrehumana.

- Cuando salga de aquí -Dijo por fin- tendré que pagar por cada uno de mis pecados. Antes de que te lo cuente todo, prométeme una cosa.

- ¿El qué?

- Que no me vas a dejar sola.

- Claro – Fue la respuesta que le di – te lo prometo.

CAPÍTULO 7

Las postales casi siempre resultan engañosas, sobre todo las que se limitan a reproducir una fotografía aérea desde la que los edificios y las calles apenas si llegan a ser la representación, lejana y aburrida, de una idea a medio desarrollar. Un quizá sin respuesta que guarda entre líneas todas las posibles soluciones a un enigma que, de tan intrincado, nadie trata de resolver. Una mera corazonada de la vida.

Al menos así fue como comenzó a contarme su otra historia. Aquella chiquilla, mi *Sherezade* particular, por más que yo mismo no tuviera un ápice de rey.

Un comienzo un tanto melodramático que no por ello deja de ser una gran introducción. Me dijo algo así como que, al ignorar el hambre de las barriadas, el ajetreo de las horas puntas, los cláxones, las prisas y la sangre que se derrama cada día, aquellas imágenes no son más que un subproducto de la vida real; una imagen preparada para responder a las exigencias de los visitantes, que esquiva todo lo que nos define como civilización moderna y que se limita a ofrecer una visión plana y desdibujada. Maquilla y banaliza el salvajismo, regalando al espectador un punto de vista subjetivo. El punto de vista que el turista desea llevarse consigo.

Desde esa misma vista aérea, rodeada por hileras de edificios más grandes y modernos que ella, la antigua iglesia renacentista, una de las escasas joyas arquitectónicas de la urbe, no parecía más que una insulsa y aburrida cruz latina de color ocre avejentado que alguien hubiese dejado caer desde los cielos. Un anacronismo abandonado en medio de la fiebre constructora del último medio siglo, olvidada en la soledad de su improvisado cautiverio.

Cualquier fotografía con pretensiones grandilocuentes, priva de esa propia grandilocuencia las más apreciables maravillas de la tierra y por esa razón, por verlas como las malas imitaciones de una realidad palpable, se había propuesto estudiar a conciencia y en persona todos y cada uno de los maravillosos templos en los que el ser humano ha tratado, a lo largo de los siglos, de encontrar una explicación al absurdo de la existencia.

Aquella mañana, sin embargo, amparada por el mayestático silencio del interior y paseándose entre las columnas de granito pulido cerca del ápside, no podía por menos que admirar, con sus soñadores ojos negros, la humilde pero impresionante demostración de un poder tan antiguo como olvidado.

Desde bien pequeña, había sentido una inexplicable y fuerte atracción hacia todas las construcciones sagradas y los lugares de poder que alguna vez en el pasado formaron parte de los miedos y esperanzas de la humanidad, desde las impresionantes cuevas neolíticas con sus bellas pinturas rupestres, hasta las catedrales más grandes e intrincadas repartidas a lo largo y ancho del planeta, aprovechando cualquier ocasión para organizarse escapadas en las que, como una auténtica arqueóloga de lo mágico, trataba de descifrar los secretos que allí se custodiaban. Un *Champollion* moderno en su aventura por rescatar el antiguo Egipto, en terna conversación con el alma de las piedras. Pero a sus quince años, habiendo visitado catedrales tan imponentes como la de *Santiago de Compostela* y *Notre Dame*; habiéndose maravillado con ermitas tan extrañas como la de San Bartolomé, perdida en medio del cañón del río Lobos, en ningún lugar había sentido aquella mística atracción con mayor fuerza como cuando cruzaba el pasillo en dirección al presbiterio y escuchaba el eco de sus pasos, amplificado por la fría piedra, en aquella pequeña iglesia dedicada a San Andrés.

Diré que, en mi humilde opinión, aquella enfermiza necesidad de soledad la guiaba siempre hasta allí no tanto por la pasión histórica como por la imposibilidad, impuesta por su corta edad, de pasar las horas muertas en bares o cafeterías, aunque esto no deja de ser una pequeña reflexión a posteriori. No obviaré tampoco que fue ella misma quien apuntó que había sido la soledad la que había guiado sus pasos hasta allí. Pero en fin, las historias no serían lo mismo sin las licencias poéticas de quienes nos las cuentan.

Apuntaré, igual que se lo hice saber a ella, que si bien ni el ara ni el retablo de aquel pequeño templo hacen ostentación de envidiables tallas o pinturas, su

humilde y aldeana decoración hace mella en cualquier visitante, proporcionándole una indescriptible sensación de intimidad que las viejas vidrieras, oscurecidas por años de dejadez, ayudan a intensificar.

Esa era la razón de peso por la que pasaba tantas horas perdida entre sus muros. Acudía allí cada día y deambulaba abstraída por aquella pequeña enormidad, dejándose inundar por esa sensación similar al ahogo que parecía retorcerle el alma; por ese algo que parecía querer exprimir la savia de su juventud y que el padre Ettienne solía llamar el abrazo de lo ignoto.

Siempre había sido una muchacha solitaria y silenciosa. Ya desde bien pequeña había demostrado una incorregible tendencia a rehuir todo contacto con sus compañeros y esa dinámica, a fuerza de repetirse, había terminado por hacer que éstos la rehuyeran a su vez.

Con el paso de los años, aquella tendencia al ostracismo, lejos de atenuarse, tomó cuerpo y se materializó en un silencio insondable, casi hermético. Tal envergadura alcanzó su soledad que el hecho de verla deambular como un espectro por los pasillos, la vista fija en algún viejo volumen de la biblioteca, sin que compañeros ni profesores le prestasen la menor atención, llegó a formar parte de la rutina en aquella escuela.

Incluso durante las clases, sentada al fondo del aula, pasaba desapercibida. Era como un fantasma con asistencia obligatoria.

Quizá a causa de esa soledad había despertado en ella la imperiosa curiosidad que la obligaba a encerrarse entre libros, durante horas, buscando respuestas a preguntas que solo ella parecía hacerse.

En mi opinión, lo más probable es que aquella actitud representase una asequible vía de escape para una niña desatendida dentro de un hogar

desestructurado. Tuve que morderme la lengua en más de una ocasión y en realidad, no interrumpí su historia en ningún momento, limitándome a fumar y asentir cuando lo consideraba oportuno. En fin. El caso es que, al parecer, salía de clase ajena al alboroto animal de sus compañeros, caminando con calma, el indefinido brillo de la sabiduría en ciernes fluctuando en su mirada y los labios sellados en una mueca de fingida seguridad, camino de la paz y la seguridad que solamente los gruesos muros de la iglesia le podían proporcionar.

Huelga decir que, gracias a aquella insaciable curiosidad, se había ido conformando en su mente, a lo largo de tantas horas de soledad contemplativa, una idea bastante peculiar de la relación del ser humano con la divinidad. De la necesidad natural de los humanos para crearlo o destruirlo a su antojo, ora animal antropomorfo, ora caprichoso ególatra con necesidades muy humanas. Demonios, genios, padres benevolentes...todo el caos que representa la necesidad humana de un más allá; la necesidad biológica de dar un sentido a una muerte irremediable. Y uno de sus temas predilectos, sobre todo cada vez que se le presentaba la oportunidad de debatirlo con el padre Ettiene, quien acostumbraba a zanjar ese tipo de cuestiones agarrándose la barriga y sentenciando que la fe no entiende de empirismo.

- Pero se supone que todo debe demostrarse. Quiero decir, la fe sin criterio no es más que superstición.
- Las personas no necesitan criterio, necesitan esperanza. Creer es lo que fuerza la voluntad y la voluntad es lo que mueve el mundo. Es un círculo necesario.

– Pero las religiones no son más que instrumentos para el control de las masas.

– De eso no me cabe ninguna duda, pero la religiosidad, la verdad con mayúsculas, es algo tan necesario al hombre como lo es el pan y el agua. Y mal que nos pese, siempre hay quien sabe aprovecharse, con dudosa moralidad, de la necesidad de aliento. Sobre todo en tiempos tan convulsos en lo que respecta al ámbito socio-político, ajeno al amor, la naturaleza y, a fin de cuentas, ajeno a todo lo que no tenga que ver con el dinero y el poder.

La tónica de aquellas conversaciones apenas variaba y aquellas tertulias eran prácticamente las únicas ocasiones en las que la joven podía hablar con total libertad, olvidando durante horas aquella soledad a la que solo en apariencia parecía haberse acostumbrado.

Con Ettienne jamás titubeaba al expresar sus opiniones, y si bien es cierto que la iglesia y la mayor parte de sus empleados habían utilizado y seguían utilizando cientos de artimañas para aumentar el poder de unos pocos sobre ingentes cantidades de personas, el párroco nunca alzaba la voz, no censuraba sus ideas y en más de una ocasión, asumiendo la realidad y tragándose sermones manufacturados en serie, asumía el pecado de la avaricia en el que caían incluso los encargados de defender y prodigar la virtud. Algo que solía llamar la hipocresía apostólica.

– Buenos días, pequeña – La grave voz del anciano la sacó de sus cavilaciones, devolviéndola de nuevo a la realidad silenciosa del templo.

Aun siendo poco más de las seis y media de la mañana, el rostro bonachón del cura no demostraba sorpresa. Se había acostumbrado a las espontáneas

apariciones de la joven a casi cualquier hora del día. Sobre todo desde que murió su madre, dos años atrás.

Se las había arreglado para vivir prácticamente sola con la única condición de acudir cada día a casa de unos tíos que vivían a las afueras. En consecuencia, nadie vigilaba sus idas y venidas, nadie le ponía normas y nadie más que Ettienne parecía preocuparse por ella.

- ¿Qué haces aquí a estas horas?
- Solamente estar. Necesitaba reflexionar en silencio, ya sabes, coger fuerzas para enfrentarme al mundo.
- Vaya, debo deducir entonces que hoy no tienes pensado saltarte de nuevo las clases, ¿Me equivoco?
- No.
- Pues deberías darte prisa en tomar esas fuerzas que necesitas, he quedado con tu padre. No tardará en llegar.

Apenas pronunció el viejo cura aquellas inofensivas palabras, la cara de la joven tomó un cariz sombrío, contrayéndose en un clarísimo gesto de desagrado, si bien supo callarse a tiempo y se limitó a asentir con la cabeza.

- Ya sé que no quieres verle – Continuó el anciano, dulcificando su gesto al advertir la contrariedad de la muchacha. - Pero al fin y al cabo no deja de ser tu padre. Él no tiene la culpa de los males que Dios le envía.
- Hablar de esa manera solo sirve para eximir de responsabilidades a los culpables. No es un niño, ni un perro. Es una persona que tomó a conciencia las malas decisiones que le llevaron a estar donde está, eso es todo.

- No me parece una forma muy apropiada de hablar de tu padre, si me permites el apunte. Las personas cometen errores y no podemos evitar que los cometan. Somos nosotros, los “ofendidos” quienes debemos perdonar.
- Y poner la otra mejilla y todas esas estupideces. Lo conozco de corrido, no hace falta que me lo recuerdes. Se da el caso de que eso no va conmigo; al menos con mi forma de afrontar las situaciones. Y pensándolo bien, no creo que deba estar aquí, dándote explicaciones.

En ese preciso instante, un sonido en la puerta atrajo la atención del cura, momento que la joven supo aprovechar, instigada por la ira que de ella se iba apoderando poco a poco, para desaparecer entre las sombras del templo. No necesitaba sermones de ningún tipo. Además, si debía perdonar, debería oír primero una disculpa.

Ettienne, un poco más avejentado, cansado de lidiar con los problemas ajenos sin que nadie prestase oídos a los suyos y arrastrando como una condena el arquetipo de tipo bonachón y desinteresado del que gustaba hacer gala, no pudo reprimir un suspiro de descargo, un soltar lastre, antes de dirigirse cabizbajo, hacia el amparo sosegado de su preciada sacristía.

En sus ojos se podían leer con claridad todos los dolores que un hombre empático y cariñosos como él, guardaba en su alma como pago por una salvación en la que cada día le costaba más creer. Por aquel amor sinsentido hacia una criatura como esa muchacha, siempre necesitada de afecto, siempre abandonada y desamparada; aquella chiquilla a la que incluso había mantenido durante tres meses, acogida por el corazón reblandecido de un hombre acostumbrado a la miseria y la injusticia.

Con su inseparable bastón de baobab en la mano, recuerdo de sus años de misionero en África; su soñadora sonrisa, su confesada afición a la sagrada sangre de Cristo y su bienintencionado afán por rescatar al mundo de las desgracias en las que él mismo se había dejado caer, se había formado una cierta fama de santo. Sabía escuchar y aconsejar con sabiduría y paciencia y acogía entre sus brazos a cualquier persona que buscase consuelo, ya fuera este espiritual, afectivo o simplemente económico.

De hecho, siempre decía tener abiertas las puertas de su casa para mediar como árbitro en los intereses de hombres y mujeres, más allá de las prescripciones de uno u otro bando, frase que le había procurado a lo largo de su vida mayores problemas con la curia que las “perdonables” dudas existenciales.

Por otro lado, no podía recriminarle nada a la niña. Él mismo le había dado el amparo que no encontraba en su casa. Cuando su madre, una artista criada en el seno de aquella feligresía, acudió a él en busca de ayuda para los reiterados problemas con su marido Ismael, éste las había acogido a ambas, procurándoles alimento y cobijo. Pero desde el día en que murió en tan extrañas circunstancias, la vejez parecía haberse ido apoderando de su cuerpo con inusitada rapidez y como si una sombra de muerte se hubiese instalado permanentemente sobre su cabeza, su humor, de natural alegre, se había tornado un tanto crítico y agresivo. No había sabido sobreponerse a la tragedia. El duelo parecía hacerse eterno y se mezclaba en su alma con un indefinido poso de culpabilidad, pues había tenido y seguía teniendo en su haber, la solución al rompecabezas que la policía no había querido completar.

Comprendía, por tanto, el rechazo de la muchacha hacia su padre mejor incluso que ella misma y aunque el dolor del sufrimiento ajeno casi nunca alcanza la categoría de dolor propio, sufría como nadie por aquella chiquilla, por cuanto había vivido en su corta edad y por cuanto, por desgracia, aún le quedaba por vivir.

Siguiendo el sinuoso curso de sus pensamientos, se dejó caer pesadamente en uno de los sillones, la cabeza hundida entre las manos, retrasando mentalmente el comienzo de otra dura mañana.

No tardó en levantarse, infinitamente más cansado que nunca. Con el paso plomizo, se acercó a la puerta y tomó con mano temblorosa el picaporte que no llegó a girar.

Respondiendo a un impulso indescifrable se santiguó, tomó aire y volvió a dejarse caer en el mismo sillón. Se sirvió un gran vaso de vino y dispuesto a esperar, dirigió hacia la nada una misteriosa mirada.

– Las siete de la mañana. *Alea jacta est.*

CAPÍTULO 8

La claraboya del techo, abierta a un cielo tempranamente limpio y refulgente, inundaba el pequeño atelier con los rayos de un sol templado. Entraba por ella un abundante chorro de claridad que al contacto con la lámpara de araña adornada con una decena de gotas de cristal, se fragmentaba en pequeños puntos que moteaban la estancia y arrancaban difusos destellos a su larga melena morena.

Envuelta en su inseparable bata blanca (Andrajoso recuerdo de techos abuhardillados, calles de París y botellas de *Chardonay*) estampada en lamparones y gotas multicolor, con la paleta de mezclas firmemente agarrada con la mano izquierda y tres bastos pinceles embadurnados entre los dientes,

estaba absorta en ese mundo de mágicas imágenes que solamente ella podía ver.

No hizo ademán de cambiar de posición cuando su marido Ismael, con su asimilado sigilo felino, fruto de años de convivencia e incómodas interrupciones, se apoyó en el marco de la puerta desde donde podía abarcar, de un solo vistazo, la habitación al completo.

Siempre le había gustado mucho observarla mientras pintaba. Disfrutaba sintiendo esa casi imperceptible pero constante punzada de envidia. Esa mezcla de una admiración sin límite allá en los tiempos del inquieto e impúdico amor de la juventud, sus sueños de independencia y contracultura amasándose en su mente infantil y esa incierta sensación de eternidad uniéndose en comunión, le aproximaban en esos momentos a un éxtasis de ordinario inalcanzable.

Dejaba de ver a Sophía; se borraban los cuadros, los contornos y los pensamientos y se dejaba arrastrar a lo que él solía llamar su oasis personal. Un mundo entre las horas y los días, escondido entre las amenazadoras agujas del reloj. Su intransferible parcela de universo encarnado en el arte que solo había visto nacer de aquellas manos. El lugar en el que el caos y la tensión se perdían entre trazos e inspiración; un mundo, en definitiva, al que él jamás pudo llegar por su propio pie.

El lienzo que Sophía tenía en ese momento frente a sí, estaba cortado en su vertical por el esbozo en carboncillo de unas líneas difusas que semejaban la estela de un avión rompiendo la claridad de un prístino cielo de mediodía, y bien sabía Ismael que aquel era, precisamente, El Momento. Acababa de dar el primer trazo, el más difícil. El primer trazo que se convertía el momento en el

último primer trazo de aquella obra en particular. A partir de ahí, el tiempo, la inspiración y las musas, decidirían si aquella perfecta idea principal encontraba su destino o sí, por el contrario, moría por camino, perdida en un saco lleno de ideas en reposo desde el que quizá pudieran, tarde o temprano, arriesgarse de nuevo a vivir.

Tras esa arriesgada primera estocada, siempre venía el momento de observar descansando. El descanso del guerrero que retrocede tras la primera sangre, tomando aire antes de volver a la lucha.

Sophía se extasiaba mirando fijamente aquella primera sangre. Guardando con celo en su memoria el instante mismo del nacimiento de aquella obra que, tarde o temprano, acabaría escapando de sus manos, ya fuera por el fracaso que la condenaría al aborto o por la perfección que la condenaría a ser vendida al primer coleccionista caprichoso con medios. Pero fuera como fuere, se escaparía de ella llevándose parte de ese momento tan espiritual y privado, despojándole de la magia que tan pronto volvería a diluirse con la rutina.

Allí mismo, en esa posición de arrobó admirativo y una vez superada la osadía de mancillar la virginidad de la tela, comenzaba el camino de la auténtica batalla.

Así como Hércules cruzó el Hades en busca de Prometeo, así Sophía debía cruzar todos los oscuros peligros de su mente para rescatar aquella imagen perfecta. Aquello que nacía mucho más allá de la conciencia.

Ismael conocía todo el proceso como si lo viviese en carne propia y disfrutaba de cada etapa analizando cada gesto, la más mínima mutación en el semblante de la artista, tratando de descifrar el significado exacto de cada pincelada.

En aquel instante, con un pie rozando ligeramente la entrada de aquel recinto, de aquella atmósfera cargada con los vapores de la pintura y los disolventes, sonreía en el recuerdo de los viejos cuartuchos improvisados en cualquier apartamento, el dormir con el tóxico analgésico de la pintura fresca.

Aquello ya no estaba. Aquel tiempo únicamente volvería para cobrarse su parte de herencia en los olvidos de la vejez. Ya no estaban en los fértiles años de los sueños de inmortalidad. El tiempo pasaba y se preocupaba de llevarse consigo su parcela de vida, ya yerma y brumosa. Y aquel atelier en particular, quizá por ser el epicentro del que brotaban todos esos sentimientos, ponía de manifiesto más que ninguna otra habitación de la casa, la fuerza con que el tiempo corroe los pequeños detalles que creíamos indestructible.

Poco más que un cubo de techo bajo e inclinado, aquel atelier ocupaba la habitación más pequeña del ático que ambos habían comprado, en las afueras de la ciudad, hacía poco más de cinco años.

No era un piso barato. Estaba comprado a capricho y tal vez por eso, parecía recubierto por una pátina de oficialidad. Como si no pudiera convertirse en hogar, se limitaba a aparecer ante Ismael como un sencillo y frío edificio.

Piedra, arena y madera.

Sophía había elegido aquel punto de la casa por la luz natural que lo inundaba; entre la claraboya y la ventana, abierta a un pequeño y sucio río, provocaba la impresión de estar pintando en plena calle, libre bajo la iluminación natural del propio mundo.

La pared de la izquierda estaba ocupada completamente por una vasta mesa de madera que Ismael, increíblemente torpe en el bricolaje, le había construido con maderas de una vieja casa abandonada. Todavía recordaba la carrera bajo

la lluvia, el olor de la hierba mojada y el considerable peso de las maderas de aquella casa de la que únicamente quedaban en pie dos de las paredes exteriores, prácticamente devoradas por la maleza.

En ese instante la mesa no pasaba de ser una mera especulación, oculta bajo una montaña de botes, tubos de óleo, acuarelas, pinceles, esponjas, espátulas y una ecléctica colección de utensilios extraños, todo ello dispuesto en un caótico orden solo descifrable para su dueña, que cogía cualquier cosa que de allí precisase con solo extender un brazo. No se podía ver ni un retazo de la madera y cualquiera hubiese dicho que todas esas cosas se mantenían allí levitando en la nada.

Sobre ese menaje artístico, adherido con cinta a la pared y mezclado a su vez con listas de materiales y hojas sueltas, estaba el boceto del proyecto que en esos momentos tenía entre manos. Una barahúnda de violentas líneas entrecruzándose hasta el infinito sobre lo que parecía un rostro de mujer.

Ismael detuvo su mirada en él durante unos instantes, pero desistió de tratar de encontrarle un significado. Este solo respondía a la visión de Sophía, y cualquier interpretación ajena a ella no podía ser más que una suposición errónea.

En la pared opuesta y ocupando la mayor parte de la misma, colgaba una reproducción del jardín de las delicias, obra inspirativa con la que Sophía, en momentos de frustración, parecía comunicarse mediante un silencioso estudio. No era cosa del azar que se encontrara colgando sobre el cementerio, el lugar de descanso para todas las obras fallidas que no osaba destruir. Había allí amontonados cuadros que murieron en el proceso de creación, ya fuera por la pérdida de lo que ella llamaba “la conexión”, ya por alejarse de los exigente

parámetros de la artista, y a los que solía referirse con el innoble nombre de manchas vistosas. Y por más que Ismael trató durante años de animarla a que les diera otra oportunidad, Sophía lo rechazaba siempre, aduciendo que la mierda con nombre sigue siendo mierda.

Por allí tenía también, bellamente enmarcada en madera tallada con motivos florales, una fotografía sobre la que no pudo evitar detenerse la inquieta mirada de Ismael, con una punzada de sincero dolor en el corazón. Era una vieja polaroid descolorida y manoseada, recuerdo de uno de sus primeros viajes juntos. Dos jóvenes sonrientes, él, un muchacho imberbe con una gorra roja y una vistosa camiseta desteñida. Ella con una larga coleta asomando bajo un enorme sombrero de ala ancha de color marrón que no pegaba en absoluto con su vestido azul y negro. Dos jóvenes buscándose a sí mismos. Dos almas buscando un camino, eternos amantes frente a la estatua de *Laocoonte* en su eterna lucha con las serpientes.

No pudo reprimir un profundo suspiro de tristeza después de haber recorrido la estancia. Bajó la vista al suelo, quizá para cerciorarse de que éste seguía bajo sus pies y cuando volvió a levantar la cabeza, su mirada se fue a posar de nuevo sobre Sophía, que sin haberse movido ni un milímetro, ocupaba el centro de aquel inmenso mundo. De su mundo. Una hermosa Atenea rodeada de ofrendas, Diosa del arte, dueña de todo aquello, creadora de mágicos universos.

A duras penas consiguió contener una lágrima, ya de vuelta a la realidad dolorosa y pesada, al sentir su olor herrumbroso, el frío sudor en la nuca y el amargo sabor de los llantos pasados.

La caja de cartón llena con sus últimas pertenencias y que encarnaba en su frágil constitución la única razón de aquella visita a su antiguo hogar, yacía olvidada en el suelo, junto a sus pies. Había ido a buscar los últimos retazos de su vida en común, aquel marca páginas que señalaba el cierre de un capítulo demasiado doloroso como para ser olvidado.

Tomó aire con fuerza y puso todo su empeño en volver a abstraerse de esa certeza siquiera por unos segundos más, pero le resultó imposible regresar a aquella atemporalidad. Saboreó el dulce regusto de aquellos sentimientos que había experimentado probablemente por última vez en su vida, hasta que la repetitiva melodía de su teléfono móvil acabó por diluirla en el recuerdo.

– ¿Diga? - Contestó en un susurro, alejándose de la puerta del estudio y adentrándose de lleno en el siglo XXI.

– Supongo que ya debe tener preparado lo mío – Respondió una voz pausada y fría, afectada por un leve siseo.

Aquella voz barrió en un instante los posos de sentimentalismo de la mente de Ismael, captando por completo su atención. En un momento se sintió vacilar y a punto estuvo de perder el equilibrio.

Con mano temblorosa sacó del bolsillo un cigarrillo y logró articular, no sin esfuerzo, las palabras que parecían querer atascarse en su garganta.

– En una semana quizá...verá – Como cada vez que los nervios le traicionaban, un incontrolable tartamudeo le obligó a tomar aire y reorganizar mentalmente las palabras antes de pronunciarlas – En estos momentos tengo un problema que solucionar y voy a tener que retrasarme un poco.

– Empiezo a cansarme de sus reiterados atrasos. Cada día que no paga, la suma crece y mengua mi paciencia. Ya lo sabe.

- Es que no puedo hacerle frente en estos momentos – Ismael trataba de mantener la compostura sin lograrlo. El miedo le atenazaba sin que él pudiera oponerle resistencia - y además la suma no para de aumentar...
- Los intereses, amigo mío – Le interrumpió la voz al otro lado de la línea
- Usted sabía lo que hacía. No es problema mío. Nos vemos.

De pronto se hizo el silencio al otro lado, seguido de los tres pitidos característicos. Unos pitidos que decían definitivamente más que las palabras y que ponían claramente de manifiesto quien era el dueño de la situación. Quien era el amo y quien el servidor.

Ismael palideció y el teléfono se escurrió de su sudorosa mano, desparramándose en pedazos sobre el parqué. Con la mente confusamente embotada y la frente perlada por las frías gotas de un sudor nervioso, se dirigió a la cocina. Cabizbajo, se sirvió un enorme vaso de *Jack Daniel's* de la polvorienta botella que hasta hacía unas horas había permanecido oculta a la vista de su esposa, escondida en un hueco detrás de la nevera. Tenía que serenarse y pensar con rapidez. El tiempo, en su caso, era un bien realmente escaso.

CAPÍTULO 9

El hecho de vivir, como cualquier otro acto potencialmente peligroso, deja siempre relevantes secuelas.

En ocasiones, espíritus débiles tratan de sobrellevar la existencia con mayor entereza de la que son capaces de soportar y terminan por hundirse bajo el peso de una existencia sin más aliciente que la del eterno sobrevivir. La existencia más vulgar y aburrida. Pasa el tiempo, se sobreponen y consiguen dar un paso más allá. Asimilan su rol e irónicamente, disfrutan de él.

Otras veces sin embargo, hay espíritus aventureros capaces de las mayores osadías, que topan de frente y sin remedio con la rutina de una vida acomodada, e incapaces de anticipar los resultados, se dejan aplastar día tras día hasta que solamente queda de ellos el despojo de lo que algún día fueron.

Ismael abandonó los estudios a los veintiún años con el firme propósito de exprimir al máximo la vida, ese bien escaso que se agota demasiado aprisa. Eterno soñador, de alma contemplativa y libre, no encontraba la manera de escapar al tedio de la vida académica, tan burocratizada y deshumanizada. Una educación perfectamente diseñada para hacer asimilable la forma de vida capitalista que tan próspera resulta para los bolsillos interesados en los juegos de poder, a todos los pobres que deberán trabajar de por vida para mantenerla.

Vivía solo desde los dieciocho años en una pequeña habitación que había conseguido alquilar a buen precio, cerca del campus en el que cursaba el segundo año de carrera. Quería licenciarse en historia del arte, quizá en un intento desesperado por agarrarse a algo para lo que ya había demostrado estar más que incapacitado. La pintura, la literatura o la música se empeñaban en no acomodarse a sus capacidades. Con el tiempo había llegado a la conclusión de que al fin y al cabo, hay muchas formas de vivir del arte.

No era mal estudiante. En realidad, apenas unas horas de estudio le bastaban para preparar los exámenes, pero el hastío le hacía ser descuidado, y tras varias horas estudiando en silencio, el aburrimiento lanzaba su imaginación más allá del mundo.

Pasaba la mayor parte del tiempo libre en la más absoluta soledad y regresar a la tenue penumbra de su dormitorio representaba para él un logro más importante que todas las puntuaciones y calificaciones. No ansiaba el saber, al menos no el vacío saber académico, y sus actos respondían más bien a un afán creativo mal enfocado que a un verdadero sentimiento de superación. Por esa razón, la limitación puramente teórica de las clases no tardó en agotar su paciencia.

Sea como fuere, dos años de condescendiente asimilación exasperan a cualquiera. La necesidad de saborear la riqueza de un mundo más allá del propio mundo y crear, gracias a la experiencia, un pedestal hecho a su medida, ocupaba la mayor porción de su mente y muchas veces al día se descubría a sí mismo soñando con lugares bucólicos a la altura de los grandes maestros de la literatura a los que tanto gustaba de leer. Siempre había vivido un paso por delante de sus propias expectativas y el tiempo pasaba, amenazando con poner

ante sus ojos todos los sueños que no había podido alcanzar. Todas las metas que lloran los moribundos con su aliento final.

Tal vez por ser la escapatoria más manida, no tardó en arraigar en su mente la idea del viaje. El huir hacia la huida en pos de lo desconocido.

Abstracta en un primer momento, una vez sembrada la semilla de la idea, germinó. Día a día, el brote fue creciendo y ramificándose hasta absorber por completo cada uno de sus pensamientos.

Un sueño de libertad indefinida. Caminar sin meta, dejándose llevar por el instinto. Sin pensar demasiado, sin planificar nada. Un viaje lejos de la forma de vida estructurada a la que habían tratado de acostumbrarle; una vida de admirativa contemplación, de despertar en lugares desconocidos, absorber la luz del sol, vivir deteniendo el reloj.

En aquella huida hacia adelante a la caza de un Yo más real, probablemente escapando de su propia cobardía, cargado con una mochila como única e inestimable compañera, no se detendría ante nada. Al menos esa era la síntesis de su idea. Una síntesis en la que obviaba de forma deliberada que el destino, caprichoso y ambiguo, no siempre está dispuesto a satisfacer todas nuestras inquietudes.

No tardó mucho tiempo en descubrir que la vida de vagabundeo exige una fortaleza y un estoicismo constante. La realidad es siempre más cruel que la imaginación. Las imágenes bucólicas de nuestros sueños jamás vienen acompañadas por el frío, el hambre ni el dolor real. Podemos, si nos acomete una pesadilla trágica, intuir la sensación de dolor, hacernos quizá una idea de él por lo que nuestros recuerdos asocian con la experiencia, pero nunca deja de

ser eso. Especulación e intuición. El ideal es una bruma que se desdibuja con demasiada rapidez, informe, condicionado por nuestros anhelos. Es incapaz superar cualquier tipo de análisis.

Por ejemplo, las mágicas impresiones que siempre había admirado en los paisajistas clásicos como *Schiele*, *Brueghel el viejo* o *Rousseau* y que tanto ansiaba encontrar en su peregrinaje, resultaban huidizas y artificiales una vez halladas.

Un árbol o una montaña, en su contexto de naturaleza viva, quedaban a sus ojos desprestigiadas por su misma vitalidad, por la humedad, el calor o los insectos que formaban parte de un matiz olvidado en el óleo o la acuarela.

Así pues, en menos de dos semanas, en un pequeño pueblo de montaña al que la distante carretera convierte en poco más que un borrón al otro lado de una ventanilla, entre ecos de ganado y paja, y al que había llegado hambriento, cansado y dolorido, encontró trabajo como encargado del mantenimiento y la limpieza en una pequeña pensión rural, abandonando de nuevo a la comodidad sus grandes sueños de aventura.

Con la mochila semivacía, había entrado en el antiguo edificio de piedra arrastrando los pies, escapando de la intensa lluvia que había comenzado a descargar aquella mañana y que ya había dado buena cuenta de toda su ropa. El edificio, vestigio de unos tiempos difíciles de imaginar para alguien como él, parecía conservar únicamente su fachada principal. El interior había sido completamente reformado y de aquellos tiempos agrestes no quedaban más que un par de viejas fotografías elegantemente enmarcadas. Apenas cruzó las pesadas puertas de madera pensó que no le hubiera costado trabajo, de haber llegado allí en otras circunstancias, creer que aún se encontraba en la ciudad.

Desde el hall, en el que habían conservado las antiguas escaleras de piedra desniveladas, se abría una enorme puerta de cristal biselado que daba acceso a la cafetería, la única del pueblo, en la que unos cuantos parroquianos jugaban a las cartas entre una densa neblina de humo de puro. La máquina tragaperras destellaba anacrónica junto a una ventana, tras la que podía abarcarse la base rocosa de unos altos picos manchados de nieve y parte de unos prados de pastoreo. Sobre el marco de la misma, en idéntico contraste, un gran televisor vomitando sandeces políticas.

Como no tenía dinero, no le quedó más remedio que suplicar al barman, un hombre de mediana edad, calvo y con aire ceñudo, algo caliente que llevarse al estómago.

La casualidad, como siempre, se iba a encargar del resto.

– Disculpe. Me he perdido – Mintió. Los nervios siempre tendían a traicionarle y le hacían tartamudear, así que había preparado aquella excusa antes de entrar – Me ha pillado la lluvia y no tengo dinero.

– Hay tienes -Le dijo el barman tendiéndole un café con leche del que se desprendían apetecibles volutas de humo – me lo iba a tomar yo, pero ya me preparo otro.

– Muchísimas gracias.

Tomó con avidez desesperada el café, bajo la atenta mirada del barman. Ya se estaba empezando a poner nervioso por el descarado escrutinio al que se veía sometido. Pensó en apurar el café y salir de allí sin mirar atrás cuando sin previo aviso y como si en aquel momento, en aquella remota cafetería perdida entre montañas, el barman tuviera el milagroso don de leer el pensamiento, le espetó:

– Oye ¿No te interesaría trabajar aquí? - Le dijo de golpe, sin subterfugios

– El muchacho de mantenimiento se fue hace dos semanas y aquí resulta francamente difícil encontrar empleados. La gente joven se ha marchado a la ciudad y en fin, me parece que un poco de dinero no te vendría nada mal.

Se quedó mudo durante unos instantes, asimilando el ofrecimiento. Desde un punto de vista práctico, aquello no dejaría de ser una nueva experiencia. Tal vez, pasados unos meses se sintiese con ganas de reemprender su aventura.

– No me vendría nada mal, la verdad. Aunque debo decirle que no se me da demasiado bien arreglar cosas. El bricolaje nunca ha sido mi fuerte.

– Por eso no debes preocuparte. A parte de la limpieza y cambiar unas cuantas bombillas, en un sitio tan pequeño como éste no vas a sudar. Mira, tómate el café tranquilo mientras hablo con la dueña. - Antes de salir por una puerta lateral se detuvo y como si de pronto hubiera recordado algo, se giró de nuevo hacia él – Por cierto, me llamo Manuel.

– Gracias. Yo soy Ismael – Respondió – Muchísimas gracias.

Es realmente sorprendente la facilidad con la que, en ocasiones, pueden solucionarse hasta los problemas más incongruentes. Había llegado allí por pura casualidad siguiendo una meta que se iba alejando de él a cada día que pasaba, y con un poco de sinceridad exenta de orgullo, haciendo acopio de la poca fuerza que le quedaba para admitir el fracaso de su empresa en conversación con un completo desconocido, había conseguido un trabajo, como poco pintoresco.

En dos semanas, sus inquietudes y sueños se habían descubierto imposibles, pero en lugar de verse en la obligación de resignarse y regresar arrastrando tras de sí el lastre de su fracaso, consiguió tomar un desvío que atenuase un

tanto su frustración. Un empujón nada desdeñable para alguien tan inseguro como él.

– Disculpe. ¿Puede servirme un Whisky? Necesito algo fuerte para ahogar el desamparo.

CAPÍTULO 10

La dueña de la pensión, una anciana menuda y mal encarada, hizo su aparición en la cafetería con un sigilo felino. Arrastraba los pies y aunque parecía de una extrema fragilidad, su presencia despertaba cierta inquietud que obligaba al otro a permanecer en guardia.

Se plantó junto a Ismael y lo estudió detenidamente durante más de cinco minutos en los que no pronunció palabra alguna. El único sonido audible era su respiración entrecortada y áspera.

Pasados esos largos minutos y sin haber dicho ni hola al asustado muchacho, puso una mano en su hombro y lo condujo con la diligencia de un pelotón de fusilamiento hasta un pequeño cuartucho en el que guardaban las herramientas y los diversos aperos de limpieza. A pesar de su edad, se movía con una rapidez extraordinaria. Abrió con brusquedad la puerta, encendió la luz y después de emitir un extraño sonido que a Ismael se le antojó un gruñido animal, volvió a apagar la luz, cerró de nuevo la puerta con un portazo y retomó su camino, esta vez en dirección a otro cuartucho igual de deprimente, con una pequeña cama en un rincón y un desgastado armario de color blanco que desentonaba grotescamente con el papel floreado y amarillento de las paredes. Junto a este, una puerta corredera que se abría a un cuarto de baño, pequeño y básico, pero más que suficiente.

Con un gruñido similar al anterior, la anciana le invitó a pasar a lo que, desde aquel momento, habría de ser su dormitorio.

En todo aquel recorrido, Ismael permaneció callado, siguiendo a la anciana con sumisión. Estaba nervioso ante lo desconocido y una vez solo en su habitación, tomó una ducha caliente para tratar de tranquilizarse. Al fin y al cabo, siempre podía regresar a su casa, a sus estudios y en definitiva, a la vida que había dejado en *pause*. Con ese pensamiento en mente como un salvavidas, comenzó su nueva etapa en aquel rincón perdido de la mano de Dios.

En menos de un mes ya se había acostumbrado por completo al trabajo, que tal y como le había dicho el barman, no podía ser más ameno.

Limpiaba las habitaciones por la mañana, ayudaba en la cocina de cuando en cuando, más por gusto que por obligación y se encargaba de los pequeños arreglos domésticos a cambio de un mínimo salario semanal que, eso sí, se complementaba con el derecho a comida y cama.

En todo el pueblo no había ningún establecimiento comercial, por lo que la pensión se encontraba en continuo ajeteo. Desde la mañana, a la hora del desayuno, al igual que durante las comidas y las cenas, una decena de campesinos, legañosos y silenciosos en la temprana madrugada, sudorosos y charlatanes a la hora de comer, tomaba posesión del comedor. Aquel bullicio y trajín a lo largo del día entero, le ayudaba a recordar una de las razones por las que había decidido huir de la sociedad. Podría decirse que era un recordatorio sonoro de la violenta ebullición que reinaba en el caos de las calles.

El resto del día, la tranquilidad de la vida en el campo le proporcionaba las horas de soledad que tanto ansiaba, horas que aprovechaba leyendo los libros que llenaban un pequeño estante junto a recepción y que los clientes se encargaban de renovar.

Coincidencia o no, se encontraba inmerso en la lectura de el jugador, de *Dostoyevski*, cuando ella entró por la puerta. Nunca conoció el final de la historia.

El fin de semana había sido excepcionalmente tranquilo. El frío y la lluvia transformaban el exterior en un cuadro tétrico y deprimente y los únicos huéspedes (una pareja de ancianos que apenas se dejaba ver y que parecían

haber llegado allí por error) no habían dado señales de vida. Vestían tan correctamente que el hombre, de unos setenta años, jamás salía de su habitación sin corbata, requisito al parecer tan indispensable como el intenso olor a perfume de su altanera esposa, la suficiencia en la mirada y la completa ausencia de cualquier indicio de educación. Unos seres tan fuera de lugar como un pez sobre la rama de un árbol.

El sábado al atardecer, mientras leía con aburrida indiferencia una parte de la novela en la que *Alexis Ivanovich*, el protagonista, exclama que quizá abajo le espera la fortuna, el timbre de la puerta resonó con inusitado volumen. El sonido recorrió como un eco todo el hotel, rebotando en las paredes del pasillo y entrando en cada una de las habitaciones como si temiera que su presencia pasara desapercibida. Un sonido que traía consigo un presagio, una intuición. Ya en aquel momento, antes siquiera de que se oyera el chirriante quejido de los goznes de las macizas puertas supo Ismael, aun sin saber por qué, que aquella vida de ermitaño llegaba a su fin.

Acababa de llegar de la ciudad, con una maleta repleta de metas imposibles y la mentalidad inquieta de los nacidos para vivir internacionalmente, una joven pintora que recorría la localidad exponiendo allí donde se lo permitiesen.

Aunque en esta ocasión, la frustración de ver que al parecer había errado el tiro por una buena cantidad de kilómetros, se dejaba entre ver en su semblante abatido, para el joven muchacho, condicionado por meses de campesinos, camioneros y jubilados, la visión de aquella artista representaba el ideal de los viejos ímpetus que ya creía olvidados. El resto es una natural concatenación de acontecimientos, muchos de ellos, si no la totalidad, directamente auspiciados por el propio Ismael.

En un primer momento y dada su personalidad más bien reservada, su coqueteo se limitó a una innumerable cantidad de huidizas miradas y varios encontronazos en el pasillo. De hecho la primera vez, entró en la habitación equivocada por un incontrolable ataque de nervios y a poco cae de bruces sobre la moderna caldera de gas.

No sabía de cuánto tiempo dispondría para armarse de valor, así que apenas unas horas más tarde, llamó a la puerta de la habitación de la joven, en la que logró entrar gracias a una rutinaria revisión de los radiadores.

- Disculpe, mantenimiento. - Los nervios le obligaban a tragar saliva constantemente. Aquel tic, junto a una leve vibración en uno de sus párpados, le daban la apariencia de un avergonzado personaje de dibujos animados.

Estaba aterrado. No entendía por qué actuaba de aquella forma y menos aún comprendía la misteriosa fuerza que le empujaba a ello. Pero fuera lo que fuese, era completamente incapaz de detenerse.

- Disculpe – Dijo de nuevo mientras golpeaba la puerta con la fragilidad de una caricia. - soy Ismael, el de mantenimiento.

- Hola – La puerta se había abierto de golpe.

- Hoooola....esto, hola. Soy el de mantenimiento. Me han mandado a revisar los radiadores – Llevaba la excusa preparada y hablaba de corrido, como un alumno que recita un verso aprendido. Tenía verdadero miedo de detenerse y recuperar el tartamudeo. - Verás, esta habitación lleva tiempo vacía y la señora me ha mandado a que eche un vistazo. Espero no molestarla, serán solo unos minutos.

- Claro, pasa. - La joven, con una bata que en algún momento en el pasado debió de ser blanca, se hizo a un lado de un salto, extendiendo su brazo hacia el interior. - Me llamo Sophía.

- Yo Ismael – Contestó este mientras entraba en lo que para él representaba la guarida del lobo. Sudaba a mares, sus ojos se movían como con vida propia, sin detenerse en nada en particular.

- Lo sé. Te oí al otro lado de la puerta.

- Claro.

Aunque consiguió entrar, no tenía idea de cómo conservar el control de la situación. Por suerte, a ella pareció caerle en gracia. Tomó las riendas sin pensárselo demasiado.

- Oye – Le dijo de pronto mientras el joven fingía comprobar el termostato. - Déjate de gilipollices. ¿Qué coño mirabas en el bar con tanto ímpetu? ¿A qué has venido?

- Yo...yo...- La huellas del sudor que le empapaba las manos hacía brillar levemente el termostato – La verdad, no lo sé.

- Ah, muy interesante. No lo sabes.

- La verdad es que no. De hecho estoy acojonado, pero no puedo impedir estar aquí.

- Ya. Eres un loco, ¿Verdad? En las malas películas de terror suele aparecer un loco homicida que trabaja en un hotel como este. - La cara de Ismael debía de parecer un poema porque inmediatamente añadió, como disculpándose – No pongas esa cara hombre, era coña.

Se mantuvieron en silencio durante unos intensos minutos hasta que, como no podría ser de otra forma, ella rompió la tensión.

- ¿Quieres fumar un porro?

Ahí empezó y acabó todo.

Ismael, desinhibido y sonriente, le contó la práctica totalidad de su vida.

Desde los años de colegio hasta su abandonada aventura. Ella le contó la suya.

Le habló de su gira, de las maravillas del arte y de la liberación que proporcionaba el vivirlo. Expresó en palabras todas las ideas informes que colmaban la mente de Ismael.

Hablaron largo y tendido sobre sueños, sobre esperanzas y pasiones. Fumaron más, hicieron el amor.

Ella atrasó su partida, primero por unos días. Después algunas semanas. Como era de esperar, terminaron por marcharse juntos.

Ninguno de ellos calló en la cuenta, (probablemente sería más acertado decir que cerraron a propósito los ojos ante ello) de que un amor como aquel no se sustentaba por absolutamente nada más que por una perfecta compaginación de necesidades. No fue ni llegaría a ser jamás algo más allá de una abstracción, la imagen de un ideal, un sentimiento volátil incapaz de resistir el envite de los años. Una sensación de júbilo liberal tan pasajero como la juventud.

El caso es que una cosa llevó a la otra y el tiempo, siempre presente como la afilada guadaña de la muerte, fue guiando sus pasos hacia un destino tan previsible como dramático.

Ismael abandonó su empleo para vagabundear nuevamente, esta vez acompañado por la joven Sophía, quien se encargaba de atenuar el lastre que

hasta el momento le había perseguido. Ya no estaba solo. Ya no tendría miedo.

Recorrieron juntos la incommensurable colección de galerías independientes, locales de exposición y centros cívicos de cada pueblo y ciudad del país. Se paseaban a lo largo de todos los barrios gentrificados de todas las ciudades por las que pasaban, de local en local, allí donde lo neo modernista, lo vintage o el desmesurado poder adquisitivo hacían plausible un exacerbado interés artístico. Siempre tras la vanguardia indefinida de las diversas ramificaciones del mundo de la imaginación.

Vivieron un par de meses en París, saciándose de *Heminway*, soñando con Picasso, buscando los rescoldos de los paseos de Dalí en otro infructuoso afán por perseguir la sombra del atracón literario del que tan orgullosos se sentían, pasando por la ciudad de la luz como poco más que los curiosos turistas que al fin y al cabo jamás dejaron de ser.

No fue hasta unos años más tarde, instalados ya formalmente en una pequeña buhardilla de alquiler en la periferia de Madrid, los cuadros de la joven artista atrajeron la atención de una acaudalada marchante, gracias a una exposición en un pequeño local de moda que comenzaba a despuntar en los círculos más vanguardistas. Una exposición que tenía por tema principal un inquietante recorrido por una Europa en llamas, alegoría de Dios sabe qué, de la que ésta quedó prendada al instante.

No hubo grandes coros, alfombras aterciopeladas ni los parpadeantes flashes de las cámaras de fotos.

Aunque aquel fue el más importante punto de inflexión en la vida de ambos, ninguno de ellos fue capaz de anticipar sus repercusiones. La vida no es una novela.

Un frío contrato en din A4, unos cuantos presurosos y volátiles apretones de manos, una repleta agenda de exposiciones, un talonario y la irremediable muerte de lo que hasta entonces había representado su forma de vivir el mundo del arte. El acomodarse tranquilamente a un bolsillo sin exigencias, un horario sin hambre y una casa sin goteras.

Se mudaron a un piso de nueva construcción en su ciudad natal con las indefinidas prisas de un matrimonio amateur jugando a la madurez.

Comenzaron a imitar unos estándares de normalidad opuesto a sus sentimientos y, una vez acostumbrados, las ganas de no tener ganas se perdieron entre el *chardonay* y el vino tinto de los primeros triunfos. Las largas noches de jazz cada día más tempranas, tertulias artísticas sepultadas bajo la indiferencia tecnológica del despertador, el humo de la marihuana diluido en la cotidianidad y finalmente, las obligaciones de un trabajo cada vez más alejado del alma. Una secuencia de maduración que acabó de un guillotino con la inconsistente necesidad de libertad.

Para Ismael, ese sentimiento tan difícil de explicar se resumía en una sola frase:

La normalidad había vuelto a hacer su aparición.

Podía decirse que la vida, con todas sus letras, con todos sus fracasos y con toda su significación, había acabado por alcanzarle. Un tropezón y al abismo.

CAPÍTULO 11

La sociedad conforma una cadena muy bien estructurada y quizá ese sea el único logro importante por el que nuestro mundo merezca ser recordado.

La repetición inalterable de rutinas diarias, bien aliñadas, masticadas y regurgitadas por unos estándares normalizados, amañados y comprados, hacen que nos sea difícil apartarnos de la línea de lo que se entiende por correcto. Por “políticamente correcto”.

Hay personas que consiguen llevarlo dignamente. Los hay que incluso se acostumbran, se acomodan y acaban por enarbolar la bandera de lo que, en

algún lejano día de sus vidas, criticaron, burlaron y castigaron. La eterna hipocresía nacional.

Sin embargo hay un gran número de personas, quizá con una mente menos dinámica y menos acomodaticia, más abocados hacia el negativismo más desesperanzador, que no pudiendo esquivarlo, acaban siendo arrolladas por los horarios, por las agendas y la exigente apariencia social. El lastre que supone ser ciudadano de unos pocos kilómetros cuadrados.

Quizá sea la cobardía de no saber enfrentarse a un yo más perverso. Quizás un yo más sincero.

El desdoblamiento, la dualidad humana que nos arrastra a no querer abandonar al niño interior chocando violentamente con la necesidad vital de llegar a ser un adulto válido.

El caso es que entre exposiciones, entrevistas y eventos de todo tipo, había nacido la niña y el tiempo había comenzado a pasar mucho más rápido que en un principio. Con mayor sigilo.

Ya se habían mudado al ático de las afueras y aunque las obligaciones de Sophía volvían a regalarle la soledad de la que no había logrado desprenderse, no dejaba de ser una soledad artificial que escondía entre sus sombras los invisibles rostros de todas las obligaciones a las que temía hacer frente, absorbida por un nuevo rol al que no sabía o no quería acostumbrarse.

Mientras Sophía, inconfundible líder del grupo, había asumido su madurez física y espiritual con una entereza no exenta de vanidad y se dedicaba a abstraerse en su mundo de colores y formas, llenando con orgullo marital cartillas de ahorro; mientras Ismael, incapaz de ningún tipo de crecimiento personal, se dejaba dominar por la mezcolanza de sentimientos que iban desde

el más fundamentado sentimiento de inferioridad, hasta la más vulgar y rastrera forma envidia, la pequeña se iba dejando devorar por la indiferencia cada día más, obligada a asumir el papel de hija de temporada. Un complemento adecuado únicamente a los días de descanso.

No es que no la quisieran, ni mucho menos. Su carencia de amor solo respondía a la necesidad de cada uno de sus progenitores por evitar el desplome de su amor propio. En un pulso por la satisfacción familiar y la autosatisfacción, ésta última había acabado muy mal parada.

Al mismo tiempo que la agenda de Sophía se cubría de actos, cenas y tertulias, la de Ismael se llenaba de barras de bar, casinos y máquinas tragaperras.

A un tiempo que la individualidad de sus vidas les alejaba mutuamente, el abandono de sus obligaciones maternas les alejaban de la pequeña, que crecía con demasiada prisa.

Si era Sophía la que debía salir a una recepción, era Ismael el que llevaba a la niña a casa de los vecinos de enfrente. Una pareja de ancianos a los que la niña no tardó en llamar abuelos.

Si por el contrario, era Ismael quien pretextaba cualquier compromiso para evadirse de aquella opresora realidad, era Sophía quien aprovechaba la ocasión para salir a cenar con alguno de sus nuevos amigos. Era ella la que dejaba a la pequeña en casa de los vecinos. Y aunque por algún tiempo todo pareció desarrollarse dentro de unos límites que ambos asumían como normales, aquello no duró demasiado.

Ismael comenzó a beber cada día más. Cada noche con mayor agresividad.

Sus pequeñas apuestas en el casino se triplicaron en menos de un mes.

Apuestas cada vez más arriesgadas y violentas que le dejaban, una vez pasada

la resaca, un sentimiento de culpabilidad tan profundo que la única manera de escapar de él cabía en un vaso de cristal. Resacas, riesgo y depresión. O depresión, resacas y riesgo, una mezcla que por su propia naturaleza efímera pero mortal, no tardaron en convertirse en un contradictorio pero perfecto desahogo para su frustración.

No resulta muy difícil prever el desarrollo de la historia. De hecho, debería saltarme el desarrollo de toda la sucesión de acontecimientos. Pero más o menos, ella me la contó así.

A medida que crecían tanto su maña como sus ganancias en el juego, crecía exponencialmente el importe, el riesgo y la improvisación en sus apuestas. Tan arriesgadas y estúpidas llegaron a ser que una de las noches no tuvo más remedio que volver a casa sin el *datsun* amarillo óxido, el primer coche que había comprado de segunda mano unos meses atrás.

Ya fuera por suerte o por desgracia, algo subjetivo que depende únicamente del lado en el que te encuentres y del prisma con el que lo observes, Sophía se encontraba muy ocupada con su nueva imagen de ARTISTA por aquel entonces como para advertir los desmanes de su marido, que iba hundiéndose cada vez más profundamente en su propia mierda. Y pasaron aún más de tres meses hasta que aquella burbuja de falsa seguridad en la que se encontraban reventó, salpicándoles con la realidad de sus muertos corazones.

Huelga decir que ninguno de ellos parecía recordar a la pequeña, que seguía criándose prácticamente a sus espaldas, despojada de su infancia por la vanidad y el derrotismo.

Ahorrando datos innecesarios a un final sin demasiadas novedades, el resultado de aquel embate no fue otro que el esperado. Un cómputo de llantos, ruegos, falsas promesas y dolorosa resignación.

Humillado en lo más íntimo, dolido más por la vergüenza hacia sí mismo que por el daño cometido, tuvo que ser él quien tomara la determinación de mudarse y tratar de regresar a la especulativa existencia que jamás debió haber abandonado. Esta vez con una amalgama de nuevos vicios lastrando su mochila.

Como bien es sabido, toda causa tiene un efecto y en este caso, la primera resultó ser algo tan objetivamente vulgar como la ausencia del amparo económico derivado de su mujer.

Desempleado y sin ingresos, el efecto es obvio. Viendo seriamente mermada su capacidad para cubrir apuestas altas y confiando en la esperanza del mágico golpe de suerte que nunca llega, acabó debiendo dinero a las personas equivocadas.

Si bien, a duras penas consiguió mantenerse a flote en un frágil equilibrio durante algún tiempo, en una sola noche cayó de golpe sobre sus espaldas el peso de aquel castillo de naipes sobre el que había erigido su endeble supervivencia, apostando más de lo que podía permitirse en una de esas manos imposibles de superar pero que, ironías del juego, siempre se acaba por perder. Desde aquel momento vivía en el limbo, acosado por las deudas y el miedo. No dormía, apenas probaba bocado. Veía ojos acechándole en cada esquina. Cuando caminaba por la calle, zigzagueaba entre callejuelas, lanzando furtivas miradas hacia atrás en pos de imaginarios perseguidores. O directamente, cuando la paranoia o el delirium tremens superaban los límites

de lo razonable, entraba en cualquier bar y bebía hasta apagar , gracias a la sedante seguridad del alcohol, la sed, la culpabilidad y la cobardía.

Y a las noches, cuando el cansancio o el hambre vencían a su cuerpo maltratado y se quedaba dormido, se despertaba a las pocas horas, tembloroso tras soñar con su propio cuerpo flotando sin vida en el río.

.....

Apuró otro vaso de whisky. Sophía no parecía haberse percatado de su presencia y seguía concentrada en el lienzo, abstraída en un mundo más allá del pequeño atelier. Más allá del moderno ático, de las ojeras negruzcas bajo los ojos acuosos de su marido. Más allá de la amenazadora sombra que se cernía peligrosamente sobre su vida.

Las cosas se estaban poniendo cada vez más feas. Debía pensar en alguna solución y tenía que hacerlo pronto.

La vergüenza y la culpabilidad le impedían pedir ayuda a su mujer y no quería añadir una nueva mentira a su ya funesto currículum aludiendo a alguna necesidad inexistente.

Las mentiras ya le habían causado demasiados problemas. Había perdido muchísimas cosas dejándose arrastrar por sueños de adolescencia; había fracasado como esposo, como padre y como ser humano. Tenía la obligación de hacer frente a aquello él solo. Tenía la obligación de superarse y saberse válido para la vida. Si conseguía salir airoso de su situación, arreglar los destrozos que dejó por el camino sería coser y cantar. Esa al menos era su idea, pero necesitaba arreglar primero aquel estropicio y tratar de no morir en

el intento. Podría parecer sencillo, pero su cobarde cabeza embotada por el whisky era incapaz de razonar con serenidad.

Solamente conocía a una persona que jamás le daría la espalda. Una persona que siempre estaba dispuesta a tender una mano, fuera cual fuera la causa del problema o el resultado del mismo, sin pensar en las consecuencias que podrían acarrearle.

El viejo, amigo de la familia de Sophía, siempre había estado ahí y aunque no le agradaba tener que verlo mezclado en un asunto tan turbio, decidió pagar el arancel de sus remordimientos con una pizca de egoísmo necesario. No le quedaba otro remedio.

Se puso el abrigo, cogió del suelo la pequeña caja con sus últimas pertenencias y evitando hacer ruido, echó una última ojeada a aquel hogar del que nunca había sentido formar parte.

No lloró. Ya había llorado demasiado. El tiempo de la autocompasión ya había terminado, era el momento de actuar.

Salió a la calle. Desde la lejanía llegaba hasta él, amortiguado por el rumor del tráfico, el insistente repiqueteo de las viejas campanas de la iglesia de San Andrés. Sonrió para sí mismo. <<*Debe ser una señal*>> Se dijo mientras dirigía sus pasos hacia allí.

CAPÍTULO 12

El local, espacioso, climatizado y resplandeciente, de un blanco casi puritano, rezumaba clase, modernidad y dinero por cada una de sus paredes. Parecía querer gritar su exclusividad a cualquiera que pasara frente a su escaparate. Sobrio en su arquitectura exterior, vestigio de tiempos menos exigentes, tenía un amplio ventanal junto a la puerta de entrada que se abría hacia una de las calles comerciales más transitadas de la ciudad, en el centro de un mundo en el que la prisa, trajes caros y coches deportivos se disputaban agresivamente el tiempo y el espacio. Un universo inaccesible, completamente diferente al que conoce el común de los mortales, reservado únicamente para cierta clase de gente.

Lo que otrora fuera una antigua ferretería familiar se había transformado, por gracia de las expertas manos de importantes arquitectos de importación, en una de las más concurridas galerías de arte moderno de la zona y en una de las más importantes a nivel nacional. Siempre a la vanguardia, había sido de las primeras en apropiarse del arte urbano. Una de las primeras en poner precio a lo inasible.

A ojos de los artistas, aquel lugar representa una suerte de monasterio, un templo en el que alcanzar el divino culmen de sus carreras. Un pedestal para el ego.

“Una exposición aquí y a la gloria” Recordaba haber leído Sophía en un importante periódico, lo que no la ayudaba en absoluto a atenuar sus nervios. Si bien es cierto que a aquellas alturas ya había cosechado una importante fama, aquel local en particular era la realización del ideal en todos los sentidos; otra abstracción más, aunque más palpable, más real si cabe. Estaba temblando y no era para menos. Los ya conocidos miedos que le atacaban siempre antes de cualquier exposición, se incrementaban ante la expectativa de rostros conocidos y carteras llenas. Allí se reunirían, como moscas sobrevolando un cadáver, los adalides del triunfo televisivo y el papel cuché.

Era ya la sexta vez que recorría el local revisando la disposición de las obras una a una. Algo en lo que siempre invertía mucho más tiempo del necesario y a lo que otorgaba una importancia fuera de toda lógica.

A su modo de entender, al tiempo que el tabique vacío le descubría su desnudez, le mostraba también todas sus posibilidades. Veía la blanca amplitud vacía como el muro de un palacio. De su palacio. Y ella, solamente ella era la encargada de colgar en aquel muro las ventanas que se abrirían a su mundo más personal. El mundo mágico que solo ella conocía, pues de ella nacía la magia que convertía los trazos en algo más que color y formas.

Buscaba el sentido y trataba de aportar una continuidad que dotase a sus cuadros de un sentido más allá de la simple exposición. Sus cuadros narraban una historia y como todas las historias, tenían un principio y un final.

Cuando por fin quedó satisfecha con el resultado, exhaló un profundo suspiro. Soltó lastre y se sonrió agradecida. Todo estaba en el orden preciso. Todos los cuadros ocupaban su espacio propio, cada uno con su propia perspectiva, cada

uno con su sentimiento. En esta ocasión, representaban el recorrido sentimental a lo largo de su separación. De la oscura y brillante ira, la grisácea y repetitiva frustración y la caleidoscópica desesperación, hasta la líquida asimilación y la celeste resignación.

Ya estaba el camino sembrado, preparado para recibir la visita de toda aquella gente que lo denigraría con sus miradas escudriñadoras. Vestidos con sus superficiales aires de superioridad, prestos a emitir sus juicios sin fundamento, sus críticas descontextualizadas, incapaces de ver a mayor profundidad, incapaces de dejarse arrastrar por el conjunto de aquel mundo que, Sophía bien lo sabía, marcaría un antes y un después en las escasas conciencias sensitivas con la fortaleza suficiente como para absorberlas.

La exposición trataba sobre algo tan aparentemente fútil como era la evolución sentimental de una ruptura y no dudaba de que era una elección arriesgada, pero para bien o para mal, se sentía completamente satisfecha con el resultado y no le importaba demasiado la incompreensión o el desagrado que podría producir. Es tan difícil como absurdo tratar de poner un precio definido a un cuadro. Casi tan difícil y absurdo como tratar de ponérselo a los sentimientos que representa.

Paseándose con las manos a la espalda en dirección a la puerta de entrada, se detuvo unos minutos frente a la obra de aquel conjunto por la que sentía mayor predilección.

En el lienzo se podían percibir, ínfimas pero definidas, unas líneas aparentemente rectas que se entrecruzaban una y otra vez hasta acabar formando lo que a simple vista parecía ser una tela de araña.

Estaba casi segura de que ninguno de los visitantes de la galería sabría captar lo que en ella se escondía, pero no le importaba lo más mínimo. Aquella obra era de su propiedad y por más que alguno de aquellos personajes decidiera comprarla, ya fuera para alimentar su ego o por la tentativa de escapar a una rutina ajena al excelso mundo del arte y todo cuanto de éste se desprende, no podría llevarse consigo la esencia, el alma que ella había vertido en aquella tela barata. Aquel cuadro guardaba con reticencia sus más oscuros sentimientos. Aquellas líneas confusas representaban la cárcel en la que se había dejado encerrar; todo el amor que había dejado escapar entre sus manos como si no fueran más que pequeños granos de arena, mientras perseguía con ahínco un sueño que en demasiadas ocasiones perdía por completo su significado. Un sueño que ya había aprendido a odiar.

Frente a aquel lienzo había derramado lágrimas, había gritado y maldecido, y cada trazo era una cuchillada a su propio corazón y algo mucho más importante, la metáfora de los obstáculos que ella misma había ayudado a sembrar en el camino de su hija. La red de sufrimientos que había dejado caer sobre su indefensa mente.

A fin de cuentas todo aquel conjunto no era más que un viaje introspectivo a través de cada uno de sus errores y aquel en particular destacaba por encima del resto por dar forma al mayor de sus pecados.

Volvió a suspirar, esta vez sin amagar siquiera una sonrisa. Miró por enésima vez el reloj de plástico multicolor que adornaba su muñeca segundos antes de que éste marcara las siete de la tarde. Las puertas no se abrían hasta las siete y media por lo que invirtió los últimos minutos en tomarse un té con limón y

fumarse un cigarrillo. Salir al exterior a respirar un aire un poco más natural antes de encerrarse durante horas entre adúladores y oportunistas.

Temblaba ante la idea de verse asaltada por toda esa gente que entraría en busca de canapés y aire acondicionado, todos ellos preparados para observar, estudiar y juzgar todas aquellas obras que de tan suyas, la hacían sentirse violada. Como si con aquella osadía suya abriera al mundo las puertas de su alma, su intimidad más vulnerable y frágil. Como si gritase a los cuatro vientos que estaba preparada para recibir su castigo. Y aunque siempre se prometía que aquella iba a ser la última vez, que ya no deseaba volver a ser juzgada por desconocidos, terminaba por caer nuevamente en la necesidad de expresarse. En la necesidad de gritar colores. Al fin y al cabo, solía decirse, ella no había elegido el arte. El arte le había elegido a ella.

Ese fue uno de los mayores problemas que había tenido con Ismael. Él tenía la necia creencia de que ser conocido en aquel mundillo merecía cualquier desvelo, y así se lo hacía ver a ella constantemente. Necesitaba ese reconocimiento para cubrir las fisuras de su anodina existencia, aunque no fuera más que con el reflejo del triunfo de Sophía, obviando que así lo único que lograba era una frustración cada vez mayor. A cada triunfo de ella caía sobre él una losa más y más pesada. Cada venta se traducía en una lucha entre el orgullo y su vanidad, hasta que llegó el día en el que no pudo resistir más. Su propia vulnerabilidad se volvió contra él, lo destrozó y escupió al suelo los pedazos. Y aunque no fuera éste su principal problema, sí que fue un detonante más en el conjunto de desatinos que lo habían arrastrado hasta la cuneta.

Jamás quiso prestarle atención. Nunca le dio importancia.

Cada vez que ella deseaba olvidar su necesidad, cada vez que se prometía abandonar los pinceles, olvidar los lienzos y verter toda su magia en una existencia más superficial, fuera lo que fuere lo que la superficialidad representara para ella, él insistía. Sus envidias se volvían cuchillos y la agresividad se mezclaba con las lágrimas en el fondo de su garganta, explotaba y bebía. Bebía cada día más.

Sacudió la cabeza violentamente. Aquel no era el lugar ni el momento adecuado para ese tipo de reflexiones. Ya estaba hecho, en ese momento no había vuelta atrás.

Dio una larga calada al cigarrillo y apuró el té, apoyada contra la puerta de la galería. Tiró la colilla a lo lejos al tiempo que su reloj marcaba las siete y veintiocho.

CAPÍTULO 13

Gracias al dinámico e insensible pragmatismo de la galerista y a su atinada selección del personal de marketing, las voces admirativas y el cloqueo de los tacones sobre la brillante tarima no tardaron en acallar la melodía que escapaba del hilo musical, un aburrido *muzak* comercial tan insulso como innecesario que únicamente mantenían encendido como un posible sustitutivo de algún que otro incómodo silencio. De ahí en adelante y hasta que el último

de los potenciales compradores se hubiese marchado, todo serían miedos, falsas sonrisas y sudorosos apretones de manos. Horas de nostalgias y malentendidos sentimentales, entre otros.

Por suerte ya se había acostumbrado a todas las miradas inquisitivas deslizándose a lo largo de su figura, a todas las engañosas alabanzas y a los comentarios mordaces de los más veteranos. Se había acostumbrado, en definitiva, a un mundo al que jamás había pertenecido. A un mundo al que prácticamente acababa de asomarse lo suficiente como para oler el tufillo de la prepotencia más asquerosa.

Lo único que no lograba domar era su innato sentimiento de inferioridad. Siempre trataba de encontrar la prueba que le mostrara que lo que hacía servía para algo. Su autocrítica llegaba a rozar lo grotesco y cuando por fin había llegado el momento de firmar el contrato de su vida, cuando las salas comenzaban a llenarse con su nombre y cuando las ventas le regalaron una vida más acomodada y fácil, aquel nefasto sentimiento lejos de desaparecer, creció. De hecho, bien podría decirse que había crecido junto a su fama, de la mano. Dos sentimientos opuestos pero inseparables.

Cada día sentía con mayor intensidad que estaba engañando a la gente. No comprendía como aquellas personas eran capaces de gastar su dinero en algo tan insulso, tan normal. Algo que ella hacía como quien va a comprar el pan. Algo con lo que había nacido y que veía demasiado natural. Demasiado fácil. Y por más que el desengaño con respecto a Ismael le siguiera doliendo en lo más profundo de su alma, en aquellos momentos de duda no podía evitar la añoranza.

Es cierto que su relación nunca pasó de ser el reflejo de un estereotipo cinematográfico entre la artista bohemia y el romántico vagabundo. Un sueño de viajes, arte y alcohol. Madrugadas de amaneceres borrosos después de hacer el amor en cualquier cuartucho de alquiler. Pero fuera como fuere, le debía el privilegio de haberla empujado constantemente en pos del triunfo y aunque lo hiciera por alimentar su ego, aunque no fuera más que por crecer en su reflejo, nunca le robaría el privilegio de haber sido el portador de su estandarte. Entre muchas otras cosas, fue gracias a él por lo que la señora “S” se quedó prendada de su arte.

Y por más que le costara admitirlo, lo añoraba allí, junto a ella, porque como bien dijo *Freud*, “*La mayoría de las personas no quiere la libertad porque esta implica responsabilidad; y la responsabilidad asusta*”.

Ismael era su fuerte; él siempre había creído en ella, esa su más fiel admirador y, como obviarlo, ese apoyo incondicional resultaba un buen anestésico contra las críticas.

No se arrepentía de haberlo alejado de su lado. En los últimos tiempos se había convertido en un peso muerto muy difícil de sobrellevar. Su incapacidad para asimilar un nuevo rol le estaba llevando a un bucle de autodestrucción sumamente peligroso y no quería acabar cayendo con él, pero el corazón es caprichoso. Por encima de todo aún lo amaba y mientras pensaba en todas estas cosas, mientras recorría sus miedos encerrada dentro en un círculo de desconocidos, hubiera deseado tenerlo a su lado como a esa ancla que la ayudase a no perder de vista su costa.

Y aunque no sabía de qué recóndito rincón de su interior provenía, una confusa voz le decía que él, allí donde estuviera, también habría deseado compartirlo.

Al fin y al cabo y al igual que él, añoraba ciertos aspectos de su vida pasada. Las insistentes negociaciones para exponer en cafeterías y antros indefinibles. Locales alternativos donde trababa amistad con otros artistas independientes tan alejados como ella del esnobismo y la mal definida, sino completamente indefinida “clase”.

En las galerías de “verdad” como solía llamarlas con suficiencia la señora “S”, le perturbaba el sentimiento de encontrarse en el lugar equivocado del tablero. Sus piezas nunca cuadraban dentro de las casillas disponibles.

Aquellas personas tenían un modo particular de expresarse. Incluso sus ademanes parecían responder a la misma educación teatralizada de la alta alcurnia, lejos de su naturaleza de barrio, su infancia de escuela pública y sus juergas de cerveza y ron.

Todos idénticos, repetidos hasta el absurdo, adiestrados para no dejar ningún cabo suelto a merced del peligroso azar. Lobos vestidos de oveja dentro de un rebaño de lobos vestidos de oveja.

Allí estaba, por ejemplo, la jovencita atlética, el negro vestido de noche furiosamente escotado, acompañada de un hombre mucho mayor que ella, pero vistoso, arreglado y modernizado. La mano de ella levemente alzada hacia el mentón en actitud reflexiva con el único pretexto de lucir sus maravillosas alhajas. Su acompañante asintiendo severo a cada una de sus estúpidas observaciones sabiéndolas estúpidas, el brazo alrededor de la cintura de su propia alhaja. Probablemente la alhaja más cara de su vida.

Por allí pasaría también la señora que, aburrida de desempeñar el papel de ama de casa del que tan orgullosa se había sentido hasta la cincuentena, había comenzado a estudiar cualquier cursillo relacionado con el mundo del arte, a fin de tener siempre a punto los tecnicismos necesarios para hacerse pasar por una mujer de mundo. Esgrimiendo insulsos e innecesarios conceptos técnicos ante su entusiasmado grupo de aduladores oyentes. Una ininteligible amalgama de ideas regurgitadas de cualquier manual para principiantes.

El tipo de las gafas de pasta y traje de corte moderno (Informal, zapatillas de lona y fular) licenciado en bellas artes. Siempre dispuesto a juzgar, opinar e incluso aconsejar a Sophía, desconocedora de técnicas, nombres propios y bibliografías. Rey de las frases hechas y las citas literarias.

Estarían allí todas las piezas del puzle de la jet; el elitista círculo de los afortunados, con los colmillos húmedos y las carteras abiertas, preparados para mostrar a sus amigos y familiares la sensibilidad artística que desearían que les caracterizara. Algo que no va más allá de la más vergonzante masturbación del ego. Todo lo de superfluo que puede poseer el mundo del arte, concentrado en un amplio local de diseño, aclimatado y con una tarima deslumbrante.

<<En fin, -se dijo mientras recibía con estudiada sonrisa a los primeros visitantes- *podría ser peor*>>.

CAPÍTULO 14

Le estaba costando mucho mantener la compostura, esfuerzo que se traducía en un constante desviar la mirada en dirección al enorme reloj de la entrada. El tiempo pasaba con inusitada lentitud y parecía que las agujas de su reloj se hubieran conjurado en su contra, deteniéndose a propósito para alargar indefinidamente su agonía.

El calor le asfixiaba y había comenzado a sudar copiosamente. A su alrededor, el bullicio iba en aumento y ya comenzaban a mezclarse en su mente todos los nombres y rostros que había escuchado o visto a lo largo de las dos horas que llevaba allí encerrada. Una tortura a la que aún le quedaba mucho tiempo por delante.

En un momento dado había llegado incluso a imaginar a un verdugo, vestido de Adolfo Domínguez por supuesto, frotándose las manos de impaciencia ante las largas horas que le quedaban por disfrutar de su indefensa víctima.

Se encontraba en el extremo más alejado de un pequeño grupo que se había juntado frente a un cuadro en el que se veía a una cucaracha saliendo de un huevo de gallina. Una de sus metáforas sobre la intrusión del mal en su espacio privado. Era un cuadro inusual por su realismo y le había costado muchísimo trabajo el desarrollo de la idea. Y aunque no podía evitar que sus

ojos se desviarán hacia una zona que podría haber mejorado con un poco más de paciencia, se sentía francamente orgullosa con el resultado.

El *muzak* debía seguir sonando de fondo, aunque resultaba imposible escuchar algo más allá de la aburrida perorata del gerente de uno de los locales más exclusivos de la ciudad. Alguna primicia relacionada con sus “importantísimos” clientes y no sé qué contrato con una revista sensacionalista que le reportaba un importante sobresueldo. Daba igual. No había prestado atención a la conversación ni un solo minuto seguido. Se había limitado a asentir y sonreír de cuando en cuando, sobre todo cada vez que captaba alguna palabra suelta o el final de alguna frase. No se encontraba a gusto allí y para cualquiera que la conociera de verdad, ese dato no habría pasado desapercibido.

De rato en rato lanzaba una fugitiva mirada hacia la puerta del local. Deseaba con todas sus ansias que alguien entrase por ella para rescatarla de aquel infierno. Quizá resulte paradójico, pero no podía evitar pensar en algo así como en un príncipe azul montando un bello corcel blanco, blandiendo su espada contra todos aquellos que la cercaban. Habría sido tan absurdo y estúpido que nadie lo habría olvidado jamás.

Y justamente en eso estaba pensando cuando uno de los discretos camareros del servicio de catering, atrayendo su atención con increíble disimulo, como si llevara toda la vida dedicado a eso, deslizó en su mano un pequeño pliegue de papel.

<<*No es un príncipe y no tiene caballo* -pensó divertida – *pero algo es algo*>>

Aquella pequeña distracción le sirvió como pretexto para abandonar el grupo. Se disculpó sin demasiada pompa y sin mirar siquiera a la cara a sus integrantes. Al menos, por el momento, volvía a ser libre.

El papel lo guardó en el bolsillo e inmediatamente se olvidó de él. Le entregaban notas de ese tipo en casi todas las exposiciones. Normalmente llevaban escrito el nombre y el número de teléfono de algún artista que buscaba consejo o enchufe. Otra clase de oportunistas, pero oportunistas al fin y al cabo.

Miró hacia el grupo que acababa de abandonar y viendo que el gerente continuaba con su relato con un aplomo envidiable, aprovechó para escabullirse durante unos minutos. Con un disimulado apresuramiento, se dirigió hacia el místico silencio del W.C. Abrió la puerta, cruzó la zona de los lavabos donde un par de jovencitas acompañantes de unos importantes directores de banco, preparaban con mano diestra unas rayas de cocaína. Fingió no verlas, entró en el excusado y corrió con rapidez el pestillo. Tardó unos minutos en serenarse. Trató de olvidar el aburrimiento y cuando consiguió volver a respirar con naturalidad, el hilo musical comenzó a taladrarle por dentro con un abominable intento de un solo de *Amstrong*.

La noche no había hecho más que empezar y ya se estaba volviendo loca.

– Por fin – Dijo en voz alta mientras encendía con avidez un cigarrillo – un poco de soledad.

Exhaló el humo con parsimonia, como si lo meditase, y en ese instante recordó el pequeño papel que tenía guardado en el bolsillo. Con más indiferencia que curiosidad, lo desdobló. Era de Ismael.

“Reúnete conmigo en media hora en el aparcamiento. Es urgente. I.M.”

Dio varias vueltas a la nota para cerciorarse de que no contenía más información, volvió a doblarla y la metió de nuevo en el bolsillo junto con la certeza de que tendría que expender un nuevo cheque. Una nueva grieta en el camino.

Cuando volvió al salón, el único cambio apreciable se encontraba dentro de ella.

Cuando salió, el cuarteto de cocainómanos había desaparecido. Se peinó con cuidado frente al espejo salpicado de agua, se retocó con sutil naturalidad el maquillaje y repitió tres veces la frase:

– Es solo un paso. Solo otro más.

En el local todo seguía tal y como lo había dejado minutos antes. Ni siquiera le sorprendió ver que el gerente continuaba hablando con la misma excitación, rodeado del mismo grupo, todos con el mismo gesto de indiferencia tras sus estudiadas sonrisas, todas igualmente deslumbrantes. Llegó a pensar sino habría por ahí un consejero especialista en sonrisas de condescendencia. Si era así, debía pedir un presupuesto.

Todos reían y charlaban, ajenos a la palidez de su rostro y al leve temblor de la mano con la que tomó de una bandeja una copa de *Veuve Clicquot*.

<<La ira – Se dijo - no es buena compañera del tedio>>

Cada uno de los asistentes parecía atrapado dentro de su propia individualidad, cada uno preocupado propia frase del guión y la única persona que pareció notar ese desequilibrio fue la señora “S”, siempre alerta ante los imprevistos. Siempre profesional.

- Estás muy pálida, querida – Le interpeló, los ojos de víbora hipnóticamente clavados en Sophía. Nada pasaba desapercibido en su presencia. La artista tragó saliva antes de responder.
- No es nada. Estoy un poco cansada, ya sabes, los problemas de casa que no dejan de perseguirme. - La engalanada anciana le había cogido del brazo, con un ademán elegante y rebuscado, pero con insospechadamente fuerte.
- Deberías olvidarte de todas esas tonterías. Ya sabes dónde te encuentras y no puedes permitirte el más mínimo desliz. Sería un desastre para ambas. Yo te he traído aquí y no voy a permitir que me pongas en evidencia delante de todas estas personas. ¿Lo entiendes, verdad?
- Descuida – Se tragó con amargura el adjetivo “vieja bruja”. Aprovechó el momento en el que una anciana enojada hasta el ridículo se acercaba a la señora “S” para evadirse con disimulo. Se le estaba agotando la paciencia y no quería hacérsela pagar a su marchante, por más que lo tuviera más que merecido. Nunca se muerde la mano que te da de comer.

Aún tuvo que contener su nerviosismo durante un rato charlando de trivialidades con un par de viudas que claramente habían abusado del carísimo pero gratuito *Veuve Clicquot*. Estaban excitadísimas e insistían una y otra vez en invitar a la artista a sus respectivos hogares, a tenor de no sé qué colección de antigüedades que, a decir de una de ellas, tenía que suscitar un desmedido interés en alguien como ella.

Sophía trataba de escabullirse deshaciéndose en excusas y prodigando sonrisas a discreción. Asentía distraída, lanzando de cuando en cuando las mismas furtivas miradas a su reloj y sintiendo con cada vistazo la cuchillada de cada vuelta de la aguja, como si el mecanismo de la máquina hubiera pasado a

formar parte de su propio organismo. Cada minuto, cada imperceptible segundo le acercaba a la misteriosa cita, le alejaba de la elegante sordidez imponiéndole una obligación.

Veinte minutos más tarde y habiéndose librado con mucha habilidad de las garras de las dos viudas, aprovechó un momento de distracción (En algún lugar de la sala alguien proponía un brindis y todas las caras se habían vuelto en aquella dirección, los ojos brillando al fragor de su propia idiosincrasia) y se aproximó con paso ligero hacia la puerta de emergencia que se abría directamente al aparcamiento trasero.

La señora “S” sin embargo, no tardó en desplegar el cepo alrededor de su brazo, como si temiera que su presa fuera a escapar en el último momento robándole la oportunidad de asestar su golpe de gracia.

– ¿Dónde te crees que vas? No puedes salir así como así – Le susurró al oído mientras sus fríos y menudos dedos se clavaban con saña en los frágiles brazos de la artista.

La víbora que aquella mujer llevaba enjaulada en su corazón no había tardado demasiado tiempo en mostrar sus colmillos. Igual que el mentiroso y el cojo, el mal acostumbra a ponerse en evidencia con demasiada facilidad.

– Eres muy buena, querida – Continuó, clavando las uñas un poco más – pero toda esta gente está aquí por ti. Tienes que entender que tu arte no se entiende sin todas estas personas. Ellos pagan, escriben los artículos en las revistas y todas esas cosas. Bien mirado, son ellos los que dan valor a tus cuadros. Te debes a ello y joder, también te debes a mí. ¿A caso te has parado a pensar en el dineral que estoy invirtiendo en ti ? Si no fuera por nosotros, no serías nada.

- Ya le he dicho que no me encuentro muy bien. Solamente iba a salir un momento a tomar el aire. - Se asustó un poco ante la clara manifestación de violencia por parte de aquella pequeña arpía. Podría decirse que en aquel instante, el velo que había cubierto su entendimiento se había venido abajo, junto al resto de sus convicciones. Miró con gesto agresivo en todas direcciones y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no abofetearla allí mismo – Vuelvo enseguida.
- Más te vale. - Fue la escueta respuesta que recibió. Tras una mirada cargada de pólvora, la anciana-ogro le dio la espalda. Varios segundos después volvía a deshacerse en halagos y sonrisas entre la muchedumbre, toda cordialidad y buenas maneras.
- Que te den vieja asquerosa – Masculló Sophía entre dientes mientras empujaba la puerta con un cigarrillo entre los labios.

Apenas cruzó el umbral, la puerta se cerró con un golpe seco a sus espaldas. La tanteó y tras cerciorarse de que podría volver a abrirla, bajó los tres escalones que la separaban del asfalto iluminada por el débil resplandor de un aplique amarillento y moteado de mosquitos muertos. Cientos de mosquitos que murieron persiguiendo una luz. Cientos de mosquitos iguales a ella, o que por lo menos, cayeron en la misma trampa.

Recibió el aire fresco de la noche con un escalofrío que repuso un poco su ánimo. Parecía un tonificante en comparación con el falso calor del interior del local.

Había anochecido y una prístina capa de hielo cubría por completo los coches de alta gama que allí habían aparcado ordenadamente los mozos encargados de hacerlo.

No era un parking demasiado espacioso. Delimitado por una alta valla, se abría frente a una vieja fábrica abandonada que había sido hacía poco restaurada. Sophía recordó haber leído sobre ello en la prensa hacía pocas semanas. Por lo visto ahora se utilizaría como auditorio o algo así, aunque lo más probable era que aquel remozado no respondiera más que a una estratagema para algún chanchullo económico del ayuntamiento. Al fin y al cabo, la gentrificación de toda la zona se ponía de manifiesto allí donde clavaras la mirada. Por todas partes todo era diseño y arte urbano.

<<Seguramente habría sido más provechoso convertirlo en un asilo, en un comedor social o en un matadero>>

Dejaba vagar sin rumbo sus pensamientos. Ya había improvisado demasiado a lo largo de aquella noche. No quería pensar en la nota de Ismael. Simplemente deambulaba a la espera de que él hiciera su aparición o de que un cataclismo climatológico arrasara la ciudad ante sus ojos. Tanto le daba una que la otra. El reflejo de las farolas apenas rozaba el suelo y a simple vista no lograba distinguir la matrícula de los coches aparcados en segunda fila. La densa niebla se estaba echando sobre la ciudad como un manto de malos augurios, difuminando la realidad e imponiendo la suya propia.

Aunque agradecía haber huido temporalmente de aquel zoo humano de alto standing, la inquietud iba ganando terreno a medida que se adentraba más y más en el pequeño espacio entre los coches, dirigiendo rápidas ojeadas a un lado y al otro.

No había rastro de Ismael. Gritó su nombre, pero el eco de su voz fue inmediatamente absorbido por aquella dimensión en la que la niebla se erigía como dueña de todo. Allí no parecía haber absolutamente nadie.

Pensando que probablemente habría cambiado de opinión en el último minuto o que la borrachera le había hecho olvidar el mensaje, se encaminó hacia la puerta por la que minutos antes había salido, pero le costaba volver a entrar. La simple idea de volver a verse rodeada de aquel mundo ajeno le producía retortijones.

Lanzó un profundo suspiro, arrojó lejos de sí la colilla y, dirigiéndose a alguien más allá de su conciencia, susurró bajo el resplandor del titilante aplique.

– *Alea jacta est.*

Su mano temblorosa ya había asido el pomo de la puerta cuando un repentino golpe en la cabeza fundió a negro la realidad. La sorpresa y el dolor se mezclaron con la niebla en una densidad desconocida. Aun alcanzó a escuchar, entrecortados con un sordo zumbido, los ecos de unos pasos tranquilos a su alrededor, hasta que pocos momentos después todo quedó sumido en la más absoluta nada.

EPÍLOGO

Son las siete de la mañana. La música estéreo que escupe el despertador digital resuena en el silencio y se cuela por la puerta abierta como una presencia completamente ajena a la dinámica de la mañana recién nacida. El azul eléctrico del *display* se refleja con inconsistente indiferencia en las paredes desnudas. La cama deshecha ya ha olvidado el calor del sueño. Es un nuevo día.

Por la puerta del cuarto de baño escapa huidizo el vaho de la ducha caliente y el arrítmico tarareo de un cantar desafinado. Volver, de Carlos Gardel, parece un gruñido informe más allá del vapor.

La caja de *buperorfina*, en la mesilla de noche, parece un recuerdo de amaneceres grises, atemporales. El eco de una vida demasiado manida, exprimida hasta la saciedad, pero tan absurda como su dueño. Junto a él, el paquete de tabaco semivacío, abierto sobre una vieja edición de *el lobo estepario*, de Hermann Hesse.

Pero por primera vez en años, el piso no apesta a soledad y a tabaco. Bueno, al menos no apesta y punto.

.....

– Entró allí y te lo juro, parecía un loco – La jovencita había continuado con su relato como si lo llevase estudiado de antemano, justamente después de que le prometiera que no la habría de abandonar. Con una naturalidad paradójicamente antinatural.

– ¿Quién entró? ¿Dónde? - Pregunté. La conversación de aquella muchacha era tan extraña que por más que lo intentaba, me costaba seguir la relación de los acontecimientos.

– Mi padre, en la sacristía. - Se pasó la mano por los despeinados cabellos con suavidad, como si la respuesta se encontrara entre ellos. Ya no era aquella máquina de respuestas automáticas. Por fin había conseguido penetrar a través de un hueco invisible en lo más profundo de su ser. No se si será loable, pero me sentía orgulloso de alguna manera. - Esta mañana, antes de chocar contra ti. Había ido allí temprano, antes de la hora a la que tenía que ir al instituto. No sé muy bien por qué, pero ahora, viéndolo en perspectiva, creo que sabía que algo no iba del todo bien. Solo quería una respuesta y no me importaba remover lo que fuera por dar con ella.

– ¿Y la encontraste?

– Eso solo depende de lo que tú entiendas por encontrar una respuesta. Digamos que topé de bruces con mi destino. Eso es todo.

En ese momento la muchacha se levantó de golpe, rompiendo la armonía que ella misma había impuesto apenas unas horas antes. Se la veía intranquila, como si por primera vez hubiese caído en la cuenta de que no era más que un ser humano. Tan frágil o más como su interlocutor, al que también por vez

primera, dirigió una mirada de desaprobación. La palidez, el miedo y la desconfianza se conjuraron para darle un aspecto muchísimo más frágil. Con el flequillo pegado a la frente sudorosa, parecía buscar ansiosamente la puerta de la calle con ojos nerviosos. Ansiosa por echar a correr, de huir sin mirar atrás, despertar de aquella pesadilla envuelta en las sábanas de siempre, entre olores y sentimientos ya conocidos. La máxima expresión de la famosa magdalena de Proust.

De improviso suspiró, bajó la vista al suelo y se quedó allí plantada, la vista fija en el viejo parqué agrietado.

– Creo que no alcanzo a abarcar de una mirada toda la profundidad de lo que me dices. Es extraño. Absurdo, casi Kafkiano.

– Es el destino. Ya te lo he dicho, es muy sencillo. La vida que a cada uno de nosotros nos ha tocado en gracia vivir; todo lo que está establecido que suceda y que no va a cambiar por más obstáculos que pongamos en el camino. Cuando el destino corre en tu contra, no puedes hacer nada para evitar el choque. Es algo que llega, tarde o temprano, pero que llega.

– Entiendo lo que implica la palabra “destino”. - La relación que habíamos establecido variaba entre la más sincera admiración y el más oscuro e incomprensible desconcierto. Por más que lo intenté hasta el último momento, creo que no conseguí expresar toda la profundidad de sus palabras, la esencia de sus pensamientos.- Me refiero a que no entiendo que fue lo que encontraste. Ese algo tan misterioso y que tanto te cuesta concretar.

En ese preciso instante la cara de la joven sufrió una violenta transfiguración. Se puso increíblemente pálida y las lágrimas, como un torrente desbocado, comenzaron a resbalar por sus mejillas. Había pulsado la tecla. El punto

invisible que tantas veces a lo largo de la conversación se me había hecho invisible.

– Entré en la iglesia porque vi luz a través de una de las ventanas –
Continuó su relato entre hipos. Trataba de contener el llanto, pero su pecho subía y bajaba convulsivamente con cada respiración. - Sé de sobra que Ettienne no acostumbra a dormir demasiado y que siempre mantiene las puertas abiertas para todo aquel que necesite ayuda. Pero cuando me acerqué a la puerta, le oí discutir y supuse que estaba reunido con alguien. Debían llevar mucho tiempo allí porque por debajo de la puerta salía mucho humo de cigarrillos. De hecho toda la iglesia olía a una mezcla de tabaco e incienso, como si alguien hubiera estado toda la noche fumando allí adentro. La voz de Ettienne llegaba con claridad hasta mí, pero parecía nervioso y tartamudeaba al hablar. Me pareció que estaba realmente asustado y eso me asustó a mí. Siempre le había conocido con un estoicismo sobrehumano. Con curiosidad, me apoyé en la vieja madera para oír mejor y de pronto me vi en el suelo ante ellos. Debí de empujar la manilla con el codo sin darme cuenta.

Cuando Ettienne me vio, se puso tan pálido que creí que se iba a morir allí mismo. No sé cómo explicarlo, pero me pareció que en ese mismo instante todo su mundo se venía abajo. Como si alguien le hubiera arrancado de golpe un pedazo de su alma. Era....no sé. ¿Crees que se puede morir alguien de un susto?

– No me parece el mejor modo de morir – Dije por terminar lo antes posible con su silencio. Aquella historia me tenía en vilo. - Pero sí, se puede.

– Bueno, el caso es que se acercó precipitadamente y se agachó para ayudarme a levantar. Balbuceaba como si estuviera borracho y desde luego el

aliento le olía mucho a vino. Me agarró por el brazo y me empujó bruscamente hacia la puerta. Se veía terror en sus ojos. Creo que yo era la última persona a la que hubiera querido encontrarse allí. En ese momento, el hombre con el que estaba reunido sacó un arma y nos apuntó con ella.

“- Por favor - dijo – Siéntense ahí.” Y lo dijo con una frialdad que me dejó pasmada. No sé cómo explicarlo bien, pero lo más acertado sería decir que se le veía acostumbrado a manejarse en situaciones como aquella.

Después, apuntándome solo a mí me dijo – “Tú y yo ya nos conocemos, jovencita. Ya verás que sorpresa más grande se lleva tu padre al vernos a todos aquí reunidos como una gran familia feliz.”

– Joder – Se me escapó. No acostumbro a hablar así. Debí perder la locuacidad en algún punto entre el absurdo y la hipérbole. Esta historia solamente se podía leer entre líneas. Llevábamos tanto tiempo hablando que ya me parecía vivir en carne propia todo lo que oía de sus labios y tengo que confesar que ni aun así era capaz de comprender.

No tenía que ser un genio para deducir que el tipo trajeado debía de ser el mismo tipo al que ella había visto desde la mirilla de la puerta de sus abuelos. De hecho tampoco había que ser un genio para deducir que era el mismo que se había encargado de la desaparición de su madre.

– Pues eso – Continuó ella – el caso es que ahí estábamos los tres, en silencio. No sé. Por alguna ingenuidad creía que aquel tipo al que tanto había odiado en el pasado, resultaría ser un hombre de todo punto superior, ya sabes, tanto espiritual como psicológicamente. Un genio del mal o algo así, pero no. Era una persona completamente normal. Incluso algo feo y siseaba un poco al hablar. Creo que justamente por eso procuró mantenerse en silencio,

hablando solo lo estrictamente necesario. Un hombre al que incluso podría tachar de vulgar, preocupado por el avance de unos negocios que no alcanzaba a comprender. Una situación completamente irreal.

La cosa es que en un momento dado irrumpió allí mi padre, justo cuando me estaba imaginando a aquel tipo sin su caro traje, sin su reloj ni su pistola.

Desprestigiándolo ante mí, despojándole de toda su superioridad.

Todo lo que pasó después no lo recuerdo con claridad. Todo pasó demasiado deprisa. Aquel tipo trajeado tan normal se acercó a mi padre con una estúpida sonrisa que le cruzaba la cara de lado a lado. Ninguno de los dos dijo absolutamente nada, solo se miraron, como si con la profundidad de la mirada pudieran asomarse a la profundidad de sus almas.

Pasaron unos cuantos minutos, no sé, un par, hasta que mi padre se abalanzó sobre él y le clavó en el estómago un enorme cuchillo de cocina. Salía muchísima sangre, más de la que yo había visto hasta entonces. De pronto sonó un disparo. A mí, en realidad, me pareció un petardazo, o algo así. Nunca antes había oído un disparo de pistola fuera de la pantalla. En las películas todo el mundo parece capaz de diferenciar el sonido de un disparo, no sé. Para mí fue un sonido impersonal. Unos lejanos fuegos artificiales o el reventón de una rueda.

Tenía mucho miedo y me quedé agazapada en un rincón, tapándome las orejas con las manos, como si así pudiera cambiar la realidad a mi antojo y protegerme de la muerte en la más vulgar de las cobardías, igual que un niño que se escondiera bajo las sábanas para escapar del hombre del saco.

- Es normal – Ella se había quedado repentinamente en silencio y yo no sabía cómo llenar el vacío. Dije, como siempre, lo primero que me pasó por la cabeza. - Es normal tener miedo, no tienes por qué avergonzarte.

- No es vergüenza.- Y tras aquel apunte que pareció abrir de nuevo el grifo, retomó su modo habitual de hablar – A Ettienne le había alcanzado una de las balas y estaba recostado en el suelo. Gemía como un perro atropellado, doblándose sobre sí mismo.

El caso es que aquel tipo, el hombre del traje oscuro, se levantó tambaleándose. Había sangre por todos lados. Me miró con una mirada que no sabría traducir en palabras. Literalmente me traspasó el alma con aquella mirada. El odio que se concentraba en el fondo de ella era más de lo que cualquiera pudiera soportar. Supongo que por eso se dice que hay miradas que matan, aunque en ese momento era él quien se estaba muriendo, así que respondiendo a un impulso de supervivencia, sin pensar, cogí la pistola que se había deslizado hasta mí y le disparé. Disparé hasta que dejaron de salir balas. Disparé hasta que aquel tipo cayó sobre su propio peso como una marioneta. Y entonces huí. Salí corriendo sin pensar en nada, espoleada por el sentimiento de huir y punto. Corrí y corrí hasta que de pronto choqué contra ti.

De improviso, aquella muchacha fría y extraña topó de bruces con sus quince años. El llanto que hasta entonces solamente se había revelado como unas pocas lágrimas impersonales, que únicamente servían como marca páginas en su extravagante narración, se reveló en aquel instante en toda su magnitud, como el cauce de un río desbordado tras un aguacero. Lloraba a impulsos, con furia. El rostro entre las manos y el pecho subiendo y bajando en violentas

sacudidas. Y yo ahí, frente a ella, en la misma silla desvencijada, saco un pitillo y lo enciendo con rapidez, como si me diera miedo que el tiempo me impidiera disfrutar de aquella inesperada imagen en toda su profundidad o como un observador silencioso ante una buena obra de teatro.

- ¿Y tu padre, qué? - Espeté al fin, tratando de traerla de nuevo a la vida.
- No lo sé. Quizá haya muerto. Pero ¿Sabes? Ya cuando le vi entrar, noté un brillo extraño en sus ojos. Como si ya supiera de antemano que iba a morir ahí, en aquel preciso momento. Se había preparado para ello. Vi, por primera vez en mi vida, valentía, arrojo tras aquellos ojos emborronados por el alcohol. Y eso me hace sentir orgullosa.

.....

Salí del cuarto de baño vestido con una elegancia barata pero en la que puse todo mi empeño.

Apagué el despertador con inusitada suavidad, saboreando los primeros acordes de una vieja canción de *Eric Clapton*. Entreabré las ventanas para dejar el paso libre a todos los fantasmas que aún deambulaban entre las frías paredes y con un pitillo entre los labios (El primero del día) salí de allí.

En el traqueteante ascensor, de cara a la puerta, le doy deliberadamente la espalda al reflejo de mi cuerpo. No me hace falta mirarme, me siento francamente bien. Recién afeitado y perfumado, me había esmerado en mi atuendo que aunque envejecido y de ínfima calidad, me hace sentirme más cercano a mí mismo. Alguien a quien había olvidado hace ya demasiado tiempo. Incluso enderecé la espalda al salir a la calle.

Camino sin prisa disfrutando del frescor de la mañana, en dirección a la estación del tren que ha perdido esa aura siniestra de cotidianidad y obligación.

Por el este apunta el resplandor de un soleado día de verano y en mi mente, despejada como ese mismo cielo que se abre inabarcable sobre mi cabeza, se empieza a traslucir la esperanza de la reconversión. Quizá una pequeña redención en la esperanza de una ilusoria paternidad sin parentescos ni lazos de sangre. Una paternidad elegida, sincera y pura.

Sonríó mientras subo al vagón. Los bostezos de mis compañeros de viaje, los rostros contritos y mal humorados, parecen resbalar sobre mi felicidad impermeable. No me importa en absoluto. Por primera vez en muchos años, siento algo agradable y tengo la necesidad de exprimirlo al máximo.

El viaje es largo y lo aprovecho escuchando música a través del pequeño mp3 que he comprado hace unos días. Es feo, barato pero práctico. Y ante todo, algo ligado al mundo actual.

Escucho entero el disco *Ukulele Songs*, de *Eddie Vedder*, sin pensar en nada, con la mente vacía. Pero por un instante, justo antes de que el tren se detenga en la estación en la que me tengo que apejar, el recuerdo, ajeno a mi decisión de no pensar, vuela libre hasta el final de la conversación que había mantenido con la muchacha, hace hoy seis meses, dos días y cinco horas.

.....

Cuando terminó de contar su historia y como un soldado que se retira a lugar seguro una vez terminada su misión, dejó de llorar y me miró desafiante.

Saltaba a la vista que entre nosotros se había creado un lazo, una suerte de hermandad. Aunque me reprimía, había sentido ganas de llorar con ella cada vez que lo había hecho y en aquel momento, se clavaba en mi corazón una incontenible necesidad de verla sonreír. No sé por qué, pero había empezado a necesitar su felicidad. Ya conocía su dolor y éste parecía haber hecho buenas migas con el mío. No entendía por qué su felicidad no habría de hacer lo propio con la mía.

– Me lo has prometido – Dijo con brusquedad. Parecía una amenaza velada.

Se quedó un momento mirándome fijamente y tras un parpadeo, como quien despierta de un sueño sin saber en qué lugar se encuentra, se dio la vuelta, caminó despacio hasta la puerta y se fue sin más.

Durante los dos días siguientes, la prensa se hizo eco de la noticia, aunque de forma somera y sin darle la importancia que aquella tragedia merecía. No tardé mucho tiempo en descubrir el porqué.

Un importante periódico de tirada nacional describía la noticia de esta forma.

“...aproximadamente a las siete a.m. El sr. I.M. vecino del barrio de G... habría irrumpido en la sacristía de la céntrica iglesia de San Andrés armado con una pistola, causando presuntamente la muerte del sr. Y.S. y del s.r. E.L., párroco de la misma y acabando poco después con su propia vida ante la presencia de su hija, quien todavía se encuentra en el hospital en estado de shock.

El agresor, que se encontraba pendiente de sentencia por causas relacionadas con el alcohol y la ludopatía, según reconoce el informe policial, era el viudo

de la ilustre artista S.N. fallecida en extrañas circunstancias, cuyo caso continúa a día de hoy sin resolverse.

Al parecer, y siempre según reconoce el informe, las víctimas se encontraban ultimando los detalles de la inminente rehabilitación de la fachada este del templo cuando el presunto homicida, probablemente persiguiendo una compensación económica, irrumpió en la sala.

Aún se desconoce la razón de la presencia de la pequeña, aunque las declaraciones de varios testigos apuntan a que mantenía una estrecha y constante relación con el párroco, viejo amigo de la familia. Relación que por lo que hemos podido saber también se estaría investigando.

Junto al arma homicida, se ha podido hallar un cuchillo de cocina con recientes manchas de sangre. La hipótesis apunta a un desesperado acto de defensa por parte de una de las víctimas, ya que el cuchillo se corresponde con varias de las heridas del agresor.

El reconocido arquitecto francés P.D. Cuñado de una de las víctimas, se ha apresurado a presentar ante los agentes todos los contratos correspondientes a la citada reforma, así como los planos y presupuestos.

Aunque la esposa del sr. Y.S. famosa marchante de arte, se ha negado a hacer declaraciones, se espera que....”

Cuando terminé de leer aquello no pude contener, muy a mi pesar, un suspiro de alivio.

<<Al fin y al cabo, es mejor así. La vulgaridad servida sin complicaciones.

Bien masticada y elegantemente regurgitada con fluidez al gusto de todos los estómagos del país. Sin corruptelas, mafias ni extorsiones. La normalidad

como sedante. Así las nobles gentes trabajadoras del país pensarán, con alivio, que ese tipo de cosas solamente pasan en el cine.

– Pobrecillo – Dirán – era un enfermo. Su mujer había muerto hacía tan poco, de forma tan extraña....no es como yo. Yo soy una persona normal. A alguien normal no le pueden pasar esas cosas.

Es infinitamente mejor que una intrincada cadena de corruptelas, una realidad detrás de la realidad. ¿Personas normales que enferman y entran donde no deben? ¿Gente de bien haciendo el mal? ¿Familias importantes, envidiadas, estafando y matando en pos de sus propios intereses?

Eso es intolerable y tremendamente difícil de asimilar. Al fin y al cabo, las historias complicadas no encuentran acomodo entre los idolatrados programas de televisión dedicados a la superficialidad. A la estupidez. >>

Aquella fue la última vez que leí el periódico. Desde hace seis meses no he vuelto a mirar siquiera las portadas. Prefiero obviar las pequeñas mentiras cotidianas igual que he decidido dejar de contármelas a mí mismo.

Unas semanas después de aquello, encontré trabajo en una tienda del barrio. Un trabajo peor remunerado pero infinitamente menos estresante que la venta de seguros. Algo con más importancia. Al fin y al cabo todo el mundo necesita leche, pan y huevos, no seguros contra robos, incendios, meteoritos y glaciaciones. La alimentación es la base de la existencia y vender alimentos me parece algo más personal y elevado. Conste que no tengo absolutamente nada en contra de los vendedores de seguros. Son los que juegan las bazas más altas quienes mantienen los hilos de la farsa, no sus subordinados. Yo, por mi parte, me limito a hacerme elegantemente a un lado.

En las cartas que llegaban puntualmente cada dos días y en las que mi joven amiga me relataba sus vivencias y sentimientos, había logrado encontrar cierta paz. Paz que aumentó exponencialmente con los botes de pintura y los muebles de segunda mano con los que había conseguido dar una nueva vida a una de aquellas habitaciones deshabitadas hasta entonces.

La vida se abría de nuevo ante mí, llena de promesas.

No sé hasta cuando, ignoro cuanto tiempo tardaré en reencontrarme con la desidia, con la náusea, como la llamaría Sartre. Pero al menos, durante unos años quizá, podré regodearme en una estabilidad que creo haberme ganado.

El tren se detiene. A lo lejos se ve el tejado del asilo para menores donde pasaré, como vengo haciendo desde hace dos meses, un agradable día de campo.

Con vitalidad, la mente de nuevo en blanco, me encamino hacia la enorme verja de la entrada, donde por primera vez en mi vida, cumplo sin excusas una de mis promesas.

<<En fin – Me digo mientras empujo la pesada hoja – *Alea jacta est*>>